

tú eres como ella de sangre real, y ella lo sabe.

Esta brusca, esta inesperada revelacion de Armagnac, me sobrecogió.

Al mismo tiempo De Armagnac me miraba como no me habia mirado nunca.

A lo ménos, yo no habia reparado en ello.

—En verdad, en verdad,—me dijo, como queriendo recoger sus palabras,—yo no he debido decirte nada: el misterio de tu origen debe continuar por algun tiempo.

—¡Oh, no!—exclamé con afan:—yo quiero saber...

—Y bien, Margarita,—me dijo,—tu madre ha nacido de una reina.

—¡De una reina!—exclamé yo.

—Sí, de una reina, y muy cerca de aqui: oye, en este momento suena á lo lejos una hora; esa hora la marca el reloj del palacio del Pardo; en ese palacio nació hace cuarenta años tu madre.

Por más que insistí, no logré saber ni una palabra más de De Armagnac.

—Te he dicho más de lo que hubiera debido decirte,—me contestó;—tú no sabrás más, hasta que... en tí consistirá.

Y volví á reparar en que De Armagnac me miraba de una manera que me inspiraba á un tiempo miedo y repugnancia.

—¿Es acaso mi madre,—le pregunté, insistiendo aún,—la Señora?

Yo llamaba la Señora á la que creia y creo la esposa de De Armagnac.

—No, la Señora no es tu madre,—me respondió.

Hube de resignarme á no saber más que lo que habia querido decirme De Armagnac.

En vano he pretendido explicarme por qué me hizo esta revelacion incompleta.

Mucho tiempo despues, una noche De Armagnac se me presentó, trayendo de la mano una jóven dama.

Aquella dama era la princesa de Astúrias.

Me asió familiarmente las manos y me besó en la boca.

De Armagnac cuidó de no dejarme sola con ella.

Me habia dicho que la princesa conocia mi historia, y queria evitar sin duda que yo la preguntase.

—Señora,—dijo De Armagnac á la princesa,—yo he debido vendaros los ojos dentro aun del carruaje, á fin que no hubiérais podido ver por qué lugar se entra á los subterráneos donde encontrareis el tribunal ante el cual debeis jurar un profundo secreto; pero por respeto á vuestro rango se os dispensa de ello; además, Margarita, de quien ya os he hablado largamente, va á acompañaros; ella jurará tambien; nos esperan, y es necesario no hacernos esperar por más tiempo.

De Armagnac nos llevó á un subterráneo, al que se descendia por una escalera, disimulada por una puerta secreta.

—Conozco ese subterráneo,—dijo el conde, interrumpiendo á Margarita.

—¡Cómo!—exclamó la jóven;—¡tú tambien perteneces!...

—Sí; yo tambien pertenezco á esa sociedad misteriosa, de la que sólo sé que conspira contra el rey, y esto porque me lo ha revelado la princesa.

—¡Tanto te ama!

—¡Oh, por Dios, Margarita mia! no tengas celos de ella; mi corazon, mi alma, mi sér entero, son tuyos; pero continúa, amor mio, continúa.

—Y bien, la princesa juró solemnemente, de la misma manera que yo, obedecer á aquella misteriosa sociedad y guardar acerca de ella el más profundo secreto.

—¿Te dieron una medalla con una seña?

—Sí.

—¿Y la tienes contigo?

—Sí; se me mandó que nunca la separase de mí.

—¿Una medalla de oro con una cinta de seda?

—Sí.

—¿Como esta?—dijo el conde, sacando de debajo de su chupa la medalla que se le habia dado.

—¡Oh! ¡Sí! Exactamente igual, mira:

Y sacó de su seno una medalla semejante á la que el conde tenia en la mano.

—¡Oh! hay algo de semejante en nuestros destinos,—dijo el conde;—pero ambos hemos faltado á nuestro juramento.

—¡Por el amor! ¿Y qué importa? ¿No somos por nuestro amor una sola alma, un solo sér?

—¡Oh, Margarita! ¿Y no los has vuelto á ver?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—¿Nada te han ordenado?

—Nada. ¿Y á ti?

—Nada aún.

—¿Has vuelto á ver á la princesa?

—Sí, tres veces, y á cada una de ellas se ha mostrado más apasionada de mí.

—¿Ha vuelto ella á bajar al subterráneo?

—No, porque yo no la acompañaba; siempre que iba á la quinta, que era de noche y como escapada, y muy de tiempo en tiempo, despues de permanecer un breve espacio á mi lado, se encerraba con De Armagnac: cuando volvía, hablaba un corto espacio conmigo, se despedía de mí de una manera afectuosísima, y salía con De Armagnac: yo no habia podido preguntarla nada acerca de mi origen; De Armagnac no nos habia dejado solas ni durante un momento.

Tres meses han pasado desde la última vez que ví á la princesa, hasta esta noche, que la he visto de una manera que no hubiera querido verla.

—¡Oh, Margarita!

—Déjame, déjame concluir: por este tiempo la triste tranquilidad de mi vida se alteró.

A pesar de su edad, que es grande, aunque disimulada por una juventud tenaz, De Armagnac contrajo por mí una pasión terrible, que al fin no pudo ocultar, y que me reveló de improviso, aterrándome.

Yo ví á De Armagnac decidido á todo.

Yo he tenido necesidad de sostener una lucha horrible.

¿A qué entrar en estos enojosos detalles?

Yo estaba decidida á escapar.

Pero se me vigilaba.

Yo habia reparado, que ya fuese de dia, ya de noche, vigilaban el exterior de la quinta cuatro hombres de aspecto sombrío.

Dos de ellos no faltaban nunca á su guardia.

Para aprovechar una ocasion favorable, para tener la seguridad de escapar y de llegar á la cercana poblacion y ampararse de las leyes, era necesario no hacer desconfiar á De Armagnac.

Pero anoche al fin, tú lo sabes, mi situacion se hizo terrible.

De Armagnac aparecia enloquecido, olvidado de todo.

Sólo el temor de que me precipitase por la ventana pudo contenerle.

Aproveché la tormenta, escapé y te encontré.

No sé si para mi felicidad y la tuya, ó para nuestra terrible desgracia.

—¡Oh!—exclamó el conde.—Ese hombre ha muerto, y si no hubiese muerto, yo le mataria cien veces que resucitase. Por lo demás, Margarita, yo te amo, y estoy resuelto á arrostrarlo todo. No sé hasta qué punto pueda ser para mi peligrósa la sociedad en que ese hombre me ha afiliado; cierto es que he pronunciado solemnes juramentos, y que me he ligado además por mi palabra de honor; pero yo espero se tenga en cuenta la situacion en que me he visto, y que no he podido pasar por otro punto. Además, los fines de De Armagnac respecto á ti eran repro-

bados, particularmente interesados, y no creo que esa misteriosa sociedad deje de reconocerlo y de encontrar providencial la muerte de De Armagnac.

—¿Y la princesa?—exclamó Margarita con la voz insegura que ocultaba mal sus celos.

—¿Y qué importa?—dijo el conde.

—La princesa debe ser aquí todopoderosa.

—Pero no lo es en Francia ó en Italia,—dijo el conde.—¿Qué me importa dejar mi patria, si mi patria eres tú?

—En Francia ó en Italia podemos encontrarnos con enemigos míos.

—¡Enemigos tuyos! ¿Y cómo es posible que tú tengas enemigos? ¿Tú, secuestrada durante toda tu vida?

—¿Sé yo acaso el misterio que preside mi existencia? ¿Te olvidas de esa sociedad terrible á que pertenecemos?

—Pues bien, esperemos,—dijo el conde;—entre tanto tú saldrás de aquí para ir á un lugar seguro, donde estarás completamente á cubierto: casa de mi buena tía la condesa de Vallezarzal, que es una señora anciana que se ha mantenido siempre soltera, á la que yo debo heredar un día, y que me adora. ¡Esta maldita guardia que me detiene! ¡Tener que esperar todavía algunas horas! ¡Oh! Y es necesario que salgas de aquí cuanto antes, y para ello prepararlo todo. Así pues, me separo de tí, Margarita; este canapé es bastante ancho para que puedas reposar; no es prudente falte yo tanto tiempo de la cámara.

Cuando se está de guardia siempre es de día. Los oficiales entran y salen, se está siempre pendiente de una orden, y es raro que no haya sobrevenido algun incidente. Por la parte de la comunicacion secreta estamos cortados; es necesario ante todo contar con Cascajares; voy á buscarle. Entre tanto descansa.

—¡Oh! ¡Si, si!—dijo Margarita.—Es necesario buscar los medios de salir de aquí cuanto antes.

El conde salió, y cerró con llave la puerta del gabinete.

Capítulo XIV.

De cómo servía Cascajares á sus señores.

El conde se fué á la mampara de la cámara, que habia dejado afianzada por dentro, y la abrió.

Baltasar, fiel á su consigna, estaba por la parte de afuera junto á la puerta, sentado en un sillón.

—Baltasar,—dijo su amo,—por tarde que sea es necesario que me busques al momento al señor Benito Cascajares; debe estar en su cuarto. Ve y dile que es preciso que venga á verme.

Baltasar se fué á cumplir la orden de su amo.

Pero aun no habia llegado á la puerta de la antecámara, cuando apareció en ella el mismo Benito Cascajares en persona.

El conde se inquietó.

—¿Qué es eso, señor Cascajares?—le dijo.—Me

venís como llovido del cielo, porque os necesito, y habia enviado á buscaros; pero me inquieta el que vengais á buscarme vos mismo.

Esto lo decia el conde á Cascajares desde dentro de la cámara.

Cascajares hizo aquel gesto suyo, que parecia el esfuerzo de un pavo que se traga una nuez, y dijo:

—La señora princesa está endiablada; reposaba yo á pierna suelta, cuando oí que llamaban al armario. ¿Quién podia ser quien llamase? Su excelencia doña Margarita, ó vucencia, ó su alteza: pues bien; cuando abrí, me encontré con su alteza la señora princesa de Astúrias en persona.

—¿Y bien, y qué?

—Que la señora princesa quiere ver á vucencia.

—Pero la princesa está loca,—exclamó perdida la paciencia el conde.

—¿Qué quiere vucencia,—dijo Cascajares, haciendo un giño, ó más bien una contracción, que le llegó hasta la boca;—su alteza es jóven é italiana, y las italianas no se paran en nada cuando se empeñan en una cosa; ya me lo habia dicho mi padre: te dejo mi herencia, Benito; pero Dios te libre de una princesa italiana que te use para sus secretos; las señoras de Italia me han dado muy malos ratos; bien es verdad que tambien me los han dado las de Francia.»

—¿Y no habeis dicho á su alteza que yo estoy de guardia, y que no puedo subir?

—Sí que se lo he dicho, excelentísimo señor.

—¿Y qué ha respondido?

—Que ella bajará; su alteza no se para en barras.

—¿Y por qué no la habeis dicho que el gabinete á que corresponde la puerta secreta está inservible, ensangrentado?

—Lo primero que me dijo su alteza al hablarme, fué si el gabinete estaba corriente, como si en él no hubiera acontecido nada: me cogió desprevenido, y yo la respondí que el gabinete habia sido repuesto en su pristino estado.

—¿Y qué hacemos con doña Margarita, que está en el otro gabinete?

Cascajares hizo un guiño y se tragó una nuez.

El caso era árduo.

—Pues bien,—dijo;—yo me llevaré á doña Margarita á mi cuarto.

—¿Y por dónde? Sería imprudente hacerla subir ahora por la escalera secreta; podria sentirla su alteza.

—Su excelencia no subirá á mi cuarto sino cuando su alteza esté en el gabinete del espejo.

—Y entonces, ¿por dónde ha de subir?

—Yo sé por dónde subirá.

—Es necesario que nadie la vea.

—Nadie la verá.

—¿Podeis tenerla oculta vos hasta la hora de mi relevo?

—Sí, señor.

—No ganamos para sustos: las aventuras se suceden la una tras la otra.

—¡Y qué aventuras, excelentísimo señor!—dijo Cascajares haciendo un guiño.

—Pero estamos perdiendo el tiempo.

—Indudablemente, excelentísimo señor. ¡Y su alteza tiene un genio!...

—Yo quisiera que doña Margarita me viera acompañándola, hasta cierto punto, cuando vos la sacaseis de aquí.

—Eso es imposible, excelentísimo señor: primeramente tengo que buscar unas llaves que no me acuerdo dónde estarán, porque hace mucho tiempo que no se usan: segundamente, quiero decir, en segundo lugar, su excelencia, para entrar en mi cuarto, tiene que pasar por el cuarto de su alteza, y para ello que su alteza este entretenida con vucencia, ó que vucencia la entretenga.

—Es que yo no quiero que doña Margarita vea misterios.

—Pues ello, perdóneme vucencia, algo es necesario hacer, y hacerlo pronto, porque su alteza, cuando se impacienta es terrible, y sabe Dios cuánta impaciencia estará soportando su alteza.

Y Cascajares se tragó otra nuez.

—Esperad, esperad,—dijo el conde, decidiéndose á arrostrarlo todo.

Y se fué al gabinete donde estaba Margarita, abrió la puerta, y entró.

La jóven no dormía.

Estaba sentada junto á la chimenea, y miraba con ánsia á la puerta.

Le parecía extraña la llegada del conde de la Salmedina despues de haberse despedido de ella, y cuando debia suponerla entregada al reposo.

—¿Qué sucede?—exclamó.

—Tengo que alejarme de aquí, Margarita,—dijo el conde, que tenia la voz trémula, porque necesitaba mentir, y le repugnaba fuertemente, de una manera invencible, engañar á Margarita.

—Algo sucede,—dijo ésta,—estás pálido.

—Y bien,—dijo el conde haciendo un esfuerzo;— María Luisa...

Púsose á su vez pálida Margarita.

—Y bien,—dijo.

—María Luisa me ha hecho decir que tiene que hablarme de algo muy importante.

Creció la palidez de Margarita, al paso que la contrariedad del conde crecía.

—Es necesario que la veas,—dijo Margarita:—¿qué importa? ¿Por qué tiemblas, Luis? Yo no tengo celos de esa mujer, los tendria si tú la amases; pero tú sufres por un sufrimiento que no existe en mí. ¿Cómo he de tener celos? Ve, ve; acaso importe realmente mucho lo que la princesa tenga que decirte.

—Es necesario que te dejes conducir por Cascajares, para que éste te ponga en lugar seguro,—dijo el conde;—él vendrá dentro de poco: toma la llave de esa puerta, cierra por dentro; cuando Cascajares venga llamará.

Y el conde dió la llave á Margarita y escapó.

Se le hacia penosa aquella escena.

Estaba dado á los diablos, y maldecia las complicaciones en que se encontraba metido, y que le ateraban, porque no sabia hasta qué punto aquellas complicaciones podian llegar.

En cuanto á Godofredo de Armagnac y al marqués de Arosa, á quienes habia matado aquella noche, ni aun siquiera los recordaba.

Su único pensamiento era Margarita.

Despues habia algo para la princesa de Astúrias.

Esto le embrollaba y le irritaba.

Hubiera querido que María Luisa no le hubiese importado nada, y le importaba mucho, á pesar de la pasion exclusiva que sentia por Margarita.

Esta habia vuelto á sentarse junto á la chimenea.

Habia quedado inmóvil.

En su semblante no aparecia otra cosa que una melancolia profunda, que tenia mucho de doloroso.

Pasó bien un cuarto de hora.

Al cabo de él llamaron recatadamente á la puerta del gabinete.

Margarita se levantó y abrió.

Era el servicialísimo Cascajares.

—Excelentísima señora,—dijo, dejando ver su contraccion, que tomaba la apariencia de un guiño monstruoso,—el excelentísimo señor conde de la Salmedina me ha encargado...

—Sí, ya sé, y os sigo,—dijo Margarita.

—Atravesemos de prisa la cámara,—añadió Cascajares;—podria sobrevenir alguien.

Salieron, y Cascajares se fué á un ángulo de la cámara, donde habia una puertecilla.

—No ha sido poca fortuna,—dijo,—que yo dé tan pronto con unas llaves que mi padre me habia recomendado, y que no han servido en mi tiempo: ya está; suba vucencia cuanto antes.

Cascajares habia abierto la puerta, y habian aparecido instantáneamente unas escaleras.

Margarita subió algunos escalones.

Cascajares entró y cerró la puerta por dentro.

Cascajares abrió una linterna sorda, que produjo una luz opaca, pero bastante para alumbrar, y precedió á Margarita.

Una vez en lo alto de las escaleras, recorrieron un pasadizo estrecho, y á su fin encontraron otra puerta.

Cascajares abrió.

Habian salido al gabinete de la princesa de Asturias, que, como sabemos, habia pertenecido siempre á la reina; pero como Carlos III estaba viudo, Maria Luisa se habia apoderado de él.

De allí pasaron al dormitorio.

Al ver aquel lecho blanco y azul revuelto, que acababa de abandonar Maria Luisa, Margarita preguntó á Cascajares:

—¿Dónde estamos?

—Excelentísima señora,—contestó Cascajares haciendo su guiño característico,—estamos en el dormitorio de la princesa de Asturias.

—¿Y para qué?—preguntó Margarita.

—¿No ha oído decir vucencia,—dijo Cascajares,—que por todas partes se va á Roma? Pues bien; por aquí, por el dormitorio de su alteza, que antes ha sido dormitorio de sus majestades la reina doña Isabel de Farnesio y la otra reina doña Luisa Isabel de Orleans, y la otra reina doña María Bárbara, se va á mi cuarto.

—¿Es decir, que aquí podeis entrar vos libremente de noche?

—Sí, sí señora; pero no entro nunca sino cuando me llaman; esta es una cuestion de servicio, y los que hemos nacido para servir á los grandes nos vemos obligados con mucha frecuencia á bajar grandemente la cabeza. Luego viene la costumbre, y esto no se extraña.

Cascajares entre tanto habia abierto el grande espejo que estaba frente al lecho.

—Pasad, señora,—dijo á Margarita,—y tomad para arriba, que para abajo no seria prudente.

Margarita entró, y subió avergonzada de encontrarse en aquellos infames pasadizos que habian servido para la deshonra y para el crimen.

A Margarita no se le olvidaba un momento aquel pobre diablo de marqués de Arosa, cuyo cadáver habia sido conducido á la cloaca y entregado al turbillon del Manzanares.

Margarita no tenia la costumbre, no conocia la sociedad, y la sangre la espantaba.

Cascajares pasó y siguió á Margarita.

—Llegaron al fin á lo alto de la escalera.

Cascajares abrió la puerta.

Margarita pasó.

Pasó Cascajares.

Cuando Margarita se volvió, no vió más que un armario en el lugar por donde ella habia entrado.

Doña Eduvigis, la gruesa y ceremoniosa doña Eduvigis, la salió al encuentro, y la hacia una profunda reverencia.

Doña Eduvigis estaba completamente vestida, lo que significaba que aquella noche, á pesar de lo avanzadísimo de la hora, los dos esposos estaban de servicio.

—Y bien,—dijo Cascajares;—es necesario que vucencia permanezca aquí hasta las once del dia, hora en que será relevado el señor conde de la Salmédina; y no crea vucencia que falta tanto tiempo, porque si no miente este caldero que le heredé de mi padre...—y Cascajares sacó un enorme reloj de oro casi esférico;—son no ménos que las cinco de la mañana.

—¡Ah! Ya tan tarde, ó por mejor decir, tan temprano,—exclamó Margarita, pensando siempre en la princesa de Asturias.

—¿Qué quiere vucencia?—exclamó Cascajares, tragando una nuez y haciendo su guiño, doble gesto que en él era muy significativo.—Hay noches de noches; pero esto no sucede siempre, porque si esto sucediera siempre, ¿adónde iríamos á parar?

Cascajares repitió su doble gesto.

—¿Y por qué no has llevado á su excelencia,—

dijo Eduvigis, —al gabinete de la reina? (Así se llamaba el gabinete secreto que ya conocemos.) Allí hubiera estado mucho mejor su excelencia; sí, sí señora; vuecencia estaria allí mucho mejor, porque excelentísima señora...

Su marido se apresuró á cortarla la palabra.

Doña Eduvigis iba tomando carrera.

—No, no, —dijo Cascajares; —ese gabinete no está muy seguro esta noche; —y al decir esto se tragó la nuez, hizo un guiño y levantó un hombro, —porque al fin podrá suceder muy bien se haga una irrupcion en ese gabinete; sí señor, una irrupcion; ¡qué noche! ¡Válgate Dios, qué noche!

Y repitió su doble gesto.

A Cascajares tampoco se le olvidaba el muerto.

—Aquí estará su excelencia mucho más segura, —añadió, —y si su alteza la princesa de Astúrias se arroja hasta aquí, yo tendré preparado el cuarto inmediato, y en cuanto tú me oigas hablar fuerte con su alteza, pasas allá á su excelencia. ¡Qué noche, señor, qué noche! Estoy rendido, y aun no se ha acabado esto. ¡Quién sabe lo que todavía sucederá!

—Pero su excelencia está también muy rendida, —dijo doña Eduvigis, —y es necesario procurarla descanso, porque Benito...

Cascajares se arrojó de nuevo, como si dijéramos al freno de su mujer.

—Sí, sí, —dijo; —lleva á su excelencia al cuarto del huésped; no tenga repugnancia ninguna vuecencia, excelentísima señora; nosotros tenemos, como

debe tenerlo todo el mundo en su casa, un aposento preparado para un huésped, que es inminente cuando se tienen muchas relaciones, y sobre todo como cuando nosotros se cuenta en los pueblos de las inmediaciones con muchos parientes; nuestra familia es muy larga y muy principal, señora, porque si los Cascajares de la rama primogénita han servido á los reyes desde hace siglos, ya en el retrete, ya en la caballeriza, ya en la cocina, ya en el guarda-muebles ó en la conserjería, como á mí me sucede, es porque el servicio de las personas reales ennoblece.

—Pero no acabarás nunca, Benito,—exclamó doña Eduvigis.—Vuecencia nos perdonará; nosotros tenemos tambien un grande honor en servir á vuecencia, porque, excelentísima señora...

—Vamos, vamos, Eduvigis,—dijo Cascajares,—concluyamos, porque su excelencia está muy cansada.

—¿Tiene vuecencia la bondad de seguirme?—dijo doña Eduvigis.

Margarita desapareció en el interior de la habitación, siguiendo á doña Eduvigis.

—Pues, señor,—dijo Cascajares,—escurrámonos, deslicémonos, pongámonos en acecho, oigamos lo que podamos. Cuantos más secretos se poseen de estos señores, mejor, mucho mejor.

Y Cascajares abrió el armario, se deslizó por la escalera, y llegó al espejo que comunicaba con el gabinete que correspondia á la cámara del jefe de parada, y escuchó.

Pero nada oyó.

—¡Diablo!—dijo.—Aquí no hay nadie; he sido previsto: se han ido al otro gabinete; pues bien: esperemos sin oír para cuando se les ocurra llamar. ¡Qué noche, señor, qué noche! Pero, en fin, este es el destino de los Cascajares: servir íntimamente á sus príncipes y á sus reyes.

Capítulo XV

Como una princesa queda servida de los cascajares á una sociedad secreta.

Apenas se hubis separado anteriormente de María el conde de la Salmedina, y pasado al otro gabinete, cuando Cascajares salió á la mesa. Abrió el espejo, y apareció María Luisa completamente envuelta en una gran bata azul de raso, bordada en sus orlas con flores y palmas, según la moda de aquel tiempo.

Descendió, é hizo señas á Cascajares de que se retirase.

Esta desapareció cerrando el espejo.

La princesa se arrojó en los brazos del conde.

—¡Oh, cómo te amo,—le dijo,—y cuánto he sufrido!

—¡Oh, cuánto te amo yo!—dijo el conde, á quien

Capítulo XV.

Como una princesa puede servir de intermediaria á una sociedad secreta.

I.

Apenas se habia separado anteriormente de Margarita el conde de la Salmedina, y pasado al otro gabinete, cuando Cascajares saltó á la mesa, abrió el espejo, y apareció María Luisa completamente envuelta en una gran bata azul de raso, bordada en sus orlas con flores y palmas, segun la moda de aquel tiempo.

Descendió, é hizo seña á Cascajares de que se retirase.

Este desapareció cerrando el espejo.

La princesa se arrojó en los brazos del conde.

—¡Oh, cómo te amo,—le dijo,—y cuánto he sufrido!

—¡Oh, cuánto te amo yo!—dijo el conde, á quien

no le costaba trabajo mentir en aquella situación; á pesar de que su único amor era Margarita, la princesa le embriagaba, le aturdió.

El grande empeño del conde era ver de qué manera podia hacer que Margarita fuese su esposa y María Luisa su querida.

Esta situación podian traerla las circunstancias.

Hubieran estado de tal manera satisfechos, de una parte el amor, de otra la ambicion del conde.

Pero era necesario esperar.

—Yo no quiero estar aquí,—dijo María Luisa;—aquí huele á sangre. En verdad, en verdad que Cascajares es muy listo; parece que aquí no ha sucedido nada, y sin embargo yo no puedo olvidar aquel cadáver. ¿No hay aquí algun otro gabinete donde podamos hablar secretamente como aquí?

—Sí, señora mia,—contestó el conde;—hay otro gabinete semejante á este en el otro lado de la cámara; pero no tengo la llave, es necesario ir á buscarla.

Lo que queria el conde era hacer tiempo para que Margarita pudiese salir de aquel gabinete.

—Y bien,—dijo la princesa,—yo no quiero esperar; tanto da: sal á la cámara y apaga las luces; afianza la puerta.

El conde se estremeció.

Por la cámara tenia que pasar Margarita, y aun no era tiempo.

—Podemos ser observados,—dijo el conde;—en ninguna parte podemos estar mejor que aquí.

—No, no, yo tengo miedo aquí,—dijo la princesa;—yo no quiero permanecer aquí, no quiero tampoco que vengas á mi cámara. Pero ¡ah!... hay otra cámara muy secreta siguiendo la escalera más arriba, sobre mi mismo dormitorio; subamos á ella, Luis mio; pero llevemos luz. Aquella cámara no debe estar preparada.

El conde respiró.

—No, no,—dijo la princesa,—ahora recuerdo que no tenemos la llave de esa cámara.

—Y además de eso,—dijo el conde,—yo no puedo faltar de aquí; podría sobrevenir un compromiso. Es necesario no olvidarnos de que estoy de servicio.

—¡Ah! Es verdad,—dijo la princesa.

—Si me buscasen y se notase mi falta,—continuó el conde,—podría sospecharse... ya sabes que por murmuraciones me he visto obligado á matar á ese pobre diablo de marqués de Arosa.

El conde, que mientras hablaba tenia á la princesa entre sus brazos, la sintió estremecerse.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó María Luisa,—nuestro amor ha costado ya sangre.

—¿Y por qué el marqués se ha prestado á ser instrumento, tal vez de una infame intriga? ¿Por qué se ha olvidado del respeto que se debe á una señora?

—¡Ah!—dijo María Luisa.—No creas, no creas que me importaba á mí gran cosa el que se murmurara que yo te amaba: murmurar es una cosa, probar es otra; y creeme, conde mio, de todas las princesas, de todas las reinas se murmura. Antes de venir á Espa-

ña he oído yo hablar pestes de Mariana de Austria, de la misma Luisa de Saboya, que dicen era una santa, de Isabel de Farnesio, de Luisa de Orleans, aun de doña María Bárbara, que era una excelente señora. Es inútil; la deshonra nos amenaza por todas partes; por lo mismo, y estando segura de que aunque yo no favoreciese á nadie, ni aun á mi marido, habian de decir lo que quisiesen, no me pesaba que dijeren que mi amante eras tú... tú, el caballero más gentil de mis reinos... he debido decir, de nuestros reinos, Luis.

Y María Luisa se colgó del cuello del conde y se abandonó en sus brazos.

—¡Ah! Pero yo estoy loca,—dijo;—me olvidaba del objeto que me habia traído aquí. No, no ha sido solamente mi amor, es algo más grave; pero no quiero hablar aquí; tengo la seguridad,—añadió en voz muy baja,—de que detrás de ese espejo está escuchando Cascajares. Estos bribones que nos sirven andan siempre á caza de nuestros secretos, porque cuantos más secretos nuestros conocen, más asegurados están. Ve, ve, conde mio; has de buscar esa llave, yo esperaré.

Respiró el conde.

Se separó de los brazos de la princesa, salió á la cámara, y cerró la puerta del gabinete.

Sobre la mesa de despacho vió la llave del otro gabinete, que habia dejado allí Cascajares.

Esta era una señal clara de que Margarita habia salido ya; sin embargo, y para asegurarse mejor, el conde fué al otro gabinete y le abrió.

No estaba allí Margarita.

El conde encendió todas las bujías, salió, fué á la puerta de la cámara, y dijo á Baltasar, que permanecía inmóvil y despierto en su puesto:

—Si sobreviene alguien, llama fuertemente á la puerta.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar.

El conde aseguró por dentro la mampara.

Fué al gabinete donde estaba María Luisa, y la dijo:

—Puedes pasar, señora mia.

Y asió la mano de la princesa.

Al llegar á la puerta del gabinete, ésta dijo:

—¿Por qué no has apagado las luces, conde?

—Se sospecharia si se tardase en abrir, ó se abriese y viesen las luces apagadas; nadie puede verte; vamos al otro gabinete de enfrente.

La princesa atravesó la cámara de una manera rápida y como furtiva, y entró en el otro gabinete, cuya puerta habia dejado franca el conde.

Una vez dentro, el conde cerró con llave.

—¡Oh! Aquí se está bien,—dijo María Luisa;—este gabinete es más grande y más bello, y sobre todo en él no hace frio; en el otro, á pesar de la chimenea, yo estaba helada; y era el muerto, el muerto, que no se me iba de la imaginacion.

—¡Oh! ¡qué buena y qué noble eres, amor mio!—dijo el conde.

—¡Oh! sí, sí,—dijo María Luisa;—á mí me espanta la sangre; no la verteria por nada del mundo.

y sin embargo, lo que nos sucede es terrible; si no, por mucho que yo te ame, ¿á qué habia yo de haber venido á buscarte esta noche? Oye, Luis, oye: mi camarera Rosa vino á decirme que por el otro lado daban música al pié de los balcones de palacio. ¡Ah! tú no sabes lo que eso significa; siempre que esa música resuena en las altas horas de la noche junto á palacio, yo estoy segura de tener una aparicion: es que se me prepara para que yo no me asuste.

—¿Y es la música de siempre?—pregunté á Rosa.

—La música de siempre, señora,—me contestó.

Me vestí apresuradamente.

—Llévame,—la dije,—al balcon al pié del cual resuena esa música.

Salimos, y Rosa me llevó á una de las cámaras del cuarto de la reina, que es el mio; pero que está en gran parte deshabitado, porque yo no tengo tanta servidumbre como una reina, ni mucho ménos; la etiqueta lo impide: yo no soy más que la princesa de Astúrias.

Y María Luisa suspiró.

—En efecto,—dijo continuando;—bajo los balcones de aquella cámara resonaba un violin tocado piano, pianísimo, pero de una manera admirable: el violin de siempre; yo no te habia dicho esto, no hemos tenido todavía tiempo. ¡Oh! ¡Si supieras cuántas cosas tengo que decirte, conde mio! Yo abrí la hoja de un balcon á fin de que se viese el reflejo de la luz del interior en la vidriera.

Esta es la seña convenida.

Después de dos ó tres minutos de espera, cerré de nuevo el balcon, me volví á mi dormitorio y despedí á Rosa.

Poco despues, yo, que esperaba atenta y prevenida, sentí el ruido de una llave en la puerta del dormitorio que corresponde al gabinete donde nos vimos por primera vez.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció un fantasma rojo, encapuchado de negro; el fantasma de siempre.

Cerró la puerta y se sentó junto á la chimenea, con las muestras de la mayor confianza, como siempre.

—Y bien,—dijo la misma voz de otras veces;—¿estás contenta de nosotros, María Luisa?

—Indudablemente,—le respondi;—soy feliz.

—Pero eres feliz de una manera reprobada,—me dijo el fantasma.

Yo alcé los hombros.

—¡Bah!—respondi;—de todas maneras habian de atribuirme, me lo atribuyen ya.

—Lo que ha producido un duelo, un homicidio,—respondió severamente el hombre rojo.

—Yo no he podido evitarlo,—dijo;—esta ha sido una cuestion de caballeros.

—Allá, más abajo, mucho más abajo de la cloaca del Pardo, la corriente del Manzanares ha arrastrado hasta un cañaveral, donde se ha detenido, el cadáver del marqués de Arosa. Indudablemente ese cadáver se ha hecho dentro de palacio, se le ha saca-

do por cierta comunicacion secreta, se le ha arrojado al turbillon que esta noche ha determinado en la cloaca la crecida del Manzanares, y el turbillon le ha arrojado fuera, le ha entregado á la corriente, y esta le ha llevado al cañaveral; necesitamos saber cómo ha tenido lugar esa muerte.

—¡Cómo si no en duelo!—exclamé yo con altivez,—si quien ha matado á ese miserable ha sido el conde de la Salmedina.

—Nos importa saber á qué atenernos, respecto al conde: podia muy bien haberse cometido un asesinato; no hubiera sido el primer asesinato que se cometiese en un palacio.

—Repito, —dije creciendo en altivez,—que el marqués ha sido muerto lealmente, espada contra espada, en duelo.

—¿Y dónde ha tenido lugar ese duelo? Nosotros podemos comprobar todo esto; pero queremos saber antes tambien si nos engañan.

—Yo no miento jamás,—respondí;—el duelo ha tenido lugar en la planta baja, en un gabinete dependiente del cuarto del jefe de palacio; luego el cadáver ha sido sacado por una comunicacion secreta que tiene una puerta á ese mismo gabinete, y se le ha arrojado, segun se me ha dicho, á la cloaca.

—Perfectamente; pero aun hay algo más: no es este el solo muerto que ha habido esta noche.

Yo me eché á temblar, conde; se me habia buscado, esto era indudable, no por el marqués de Arosa,

sino por el príncipe De Armagnac; sin duda no sabian nada acerca de su matador. Yo me cubrí de sudor frío, y temblé.

—Tú adivinas,—me dijo el hombre misterioso,—la pregunta que voy á hacerte; por consecuencia, tú puedes responder á ella en verdad; tú lo sabes todo. ¿Quién ha matado al señor Godófredo de Armagnac?

Yo no vacilé.

Es necesario no vacilar cuando se trata de esta sociedad tenebrosa, cuyo poder alcanza á todas partes.

—Y bien,—le dije,—el que ha muerto tambien en duelo, de una manera leal, frente á frente, espada contra espada, al príncipe, ha sido el conde de la Salmedina.

—¿Con qué motivo?

—Tal vez por celos del príncipe,—dije yo.

—¡Celos! ¿De quién? ¿Por quién?—me preguntó de una manera incisiva y extraña el hombre rojo.

—¿Por quién habian de ser los celos más que por mí?—respondí yo.—Qué, ¿acaso el conde conoce á otra mujer á quien pudiese amar De Armagnac?

Yo sentia celos á mi vez; yo no te conozco bien, conde, yo me he entregado á ti de una manera irreflexiva, y Dios quiera que esto no me cueste muy caro.

Pero el fantasma me tranquilizó inmediatamente.

—El conde no ha amado nunca,—me dijo;—el conde es libre.

Al decir esto María Luisa, el conde alentó una

esperanza, y su alma se volvió hácia aquella sociedad tenebrosa cuya proteccion empezaba á sentir.

Pero no dijo ni una sola palabra, y continuó escuchando con sumo interés á la princesa, y mirándola instintivamente con deseo, con un deseo que parecia amor.

María Luisa estaba completamente abandonada en el sillón, entreabierta la bata, y excesivamente voluptuosa.

Ella continuó:

—La afirmacion de aquel espectro me tranquilizó; ellos lo saben todo.

—¿Y crees tú,—me dijo el fantasma,—que De Armagnac te amaba?

—Con toda su alma, ó por lo ménos sentia por mí un deseo voraz; tal vez tambien unos amores conmigo halagaban su ambicion.

—¿Te ha hablado alguna vez de su amor De Armagnac? Aunque no te haya hablado de él, ¿te lo ha dejado conocer de alguna manera?—me preguntó el hombre rojo.

—No, ¿pero qué mujer que es amada no lo conoce, por reservado que sea el hombre que la ame? Habia en la mirada de De Armagnac, cuando se fijaba en mí, una chispa recóndita, que á despecho suyo, hablaba para mí demasiado claro. Aquella chispa vagaba de mis ojos á mi garganta, de mi garganta á mis brazos, y en ellos era dónde más se fijaba.

—¡Ah, la vanidosa!—exclamó el fantasma rojo, que me trata con una gran confianza, y al parecer

con un gran cariño,—y cómo sabe que sus brazos son incomparables, y que no pueden verse sin experimentar una viva emoción.

—¿La experimentáis vos?—le pregunté.

—¡Bah, bah!—me dijo.—La hermosura de la mujer no me excita más que lo que me excitaria la hermosura de un paisaje, de un monumento, de una estatua; para mí unos brazos como los tuyos no pasan de ser un objeto artístico.

—¿No teneis, pues, alma?

—Si; pero la tengo concentrada, consagrada á algo más alto que la influencia de la materia; pero continuemos.

—¡Ah! esto es muy sencillo,—le respondí:—aquí todo se reduce á una historia muy breve.

Entonces conté á mi acompañante la historia de mi encuentro contigo en el jardín.

—De manera que,—me dijo el fantasma,—¿tú crees que Salmedina ha sido provocado?

—Indudablemente,—le respondí;—provocado por los celos de De Armagnac.

—¡Bah, bah!—dijo el espectro;—al tal De Armagnac no tiene el diablo por donde desecharle.

—Tenia direis,—le respondí yo.

—Es que De Armagnac no ha muerto, mi querida princesa,—me contestó tranquilamente el hombre rojo.—Morirá indudablemente un dia, porque es mortal, y yo no creo haya encontrado el elixir de la inmortalidad.

El conde estaba vivamente inquieto.

La noticia de que De Armagnac no habia muerto, le trastornaba en nombre de Margarita.

Disimuló, sin embargo, su turbacion y su ansiedad, porque no sospechase Maria Luisa.

—¿Y cómo es,—dijo ésta continuando,—que vosotros, que lo veis todo, que estais en todas partes,—dije al incógnito,—no habeis podido impedir el duelo entre De Armagnac y Salmedina?

—De Armagnac es uno de nuestros miembros más importantes, y puede burlarnos, cogernos las vueltas, como se dice vulgarmente. Esto es asunto entre él y nosotros. Tendríamos derecho tambien á juzgar á Salmedina, puesto que ha renunciado á su voluntad ante nosotros y se ha sometido completamente á una absoluta obediencia, como tú, por juramento solemne. Pero hay que tener en cuenta que Salmedina juró en las manos de De Armagnac, y que éste, al emplazarle, ha podido muy bien autorizarle para batirse con él; que de hecho, al convenir con él un duelo, y un duelo extraño, sin testigos, le ha autorizado. Nada, pues, tenemos que decir al conde de la Salmedina: únicamente, que como está impuro, como si dijéramos, irregular, necesitamos someterle á una especie de purificacion y hacerle reiterar sus juramentos. Nada tienes, pues, que temer en la actualidad por tu hermoso conde; pero adviértele, se te autoriza, dile que ande con piés de plomo, que no se aventure á nada ni haga nada sin contar con nosotros, fuera de las obligaciones que le corresponden como caballero, como gentil-hombre y como militar:

dile, María Luisa, que cuando necesite consultarnos, pedirnos, contar con nosotros, dé una vuelta de una hora por los sitios públicos, llevando fuera del bolsillo de la chupa una cinta roja de la que pendan los dijes del reloj; y si es de noche, dé una vuelta también por los sitios públicos durante una hora con una linterna que tenga el cristal rojo. Esto no es de ninguna manera reparable para nadie, y sin duda alguna no habrá trascurrido la hora de su ronda, sin que se le acerquen, ya sea de día, ya de noche, un incógnito que le pregunte cortésmente: qué hora es. Si este incógnito, cuando se lo dijere, le responde: seguidme, debe seguirle y nos encontrará.

El conde escuchaba con una grande atención, volvía á alegrarse de pertenecer á aquella sociedad misteriosa, de la cual no era más que un neófito, y que, sin embargo, le protegía ya de una manera decidida.

Aquella sociedad no debía ignorar que Margarita estaba en su poder.

Era muy probable por lo ménos que lo supiese.

Sin embargo, el individuo de aquella sociedad á quien María Luisa llamaba el fantasma, el espectro rojo, había guardado para con ella el secreto de la existencia de Margarita en su poder.

Esto demostraba que ambos, Margarita y él, estaban protegidos por aquella sociedad poderosa, que se contaba para algo con ellos.

No había, pues, que temer las asechanzas de De Armagnac.

El conde se habia llenado de esperanza y de alegría.

Las cosas no podían cortarse mejor para él.

La ambicion, el amor y un doble amor, y el poder le sonreian.

Era necesario considerar todo aquello de una manera seria.

La princesa continuó:

—Yo tenia curiosidad de saber cómo, habiendo cogido las vueltas á lá sociedad misteriosa á que pertenece para su duelo, De Armagnac, esta sociedad habia llegado á saber que De Armagnac se habia batido con el conde de la Salmedina. ¿Me permitis haceros una pregunta?—dije al hombre rojo.

—Tú eres,—me respondió,—hasta cierto punto una excepcion para nosotros, y hasta cierto punto te se permite todo: me interrogas, y te contesto, siendo así que no nos es permitido interrogar á nuestros superiores. Has de saber, María Luisa, que por una casualidad, un cazador furtivo que se habia introducido en el monte del Pardo, al volverse para salir de él oyó de improviso ruido de espadas. Se acercó reatadamente, y escondido entre unas matas, presenció el duelo. Conoció al conde de la Salmedina, pero no á De Armagnac.

Esto se comprende perfectamente.

Estos cazadores furtivos que merodean en los cotos del Pardo, de la Moncloa y de la Casa de Campo, conocen desde el primero hasta el último de los dependientes y de los funcionarios de la casa real.

Como que puede decirse que son una especie de insectos que se alimentan del jugo de la real casa.

Cuando cayó en tierra De Armagnac y se alejó Salmedina, el viejo Pascual, que por ser cazador furtivo no ha dejado de ser un hombre caritativo y temeroso de Dios, se acercó á De Armagnac con la intencion de socorrerle, si esto le era posible.

Esta gente del campo son más médico y cirujano que lo que pudiera creerse, y con mucha frecuencia valen más que nuestros doctores.

El cuanto le reconoció, comprendió que De Armagnac no estaba herido mortalmente.

Pero sí que la herida habia producido una hemorragia violenta, que podia producir la muerte en el trascurso de algunos minutos.

A pesar del frio, se desnudó rápidamente, y con su propia camisa hizo un vendaje y curó de primera intencion á De Armagnac.

Luego le cargó sobre sus hombros.

Pascual es fuerte como un roble y forzado como un toro, y dió á correr con De Armagnac.

Le sacó del monte del Pardo por un portillo de la cerca, y á campo atraviesa se lo llevó á un ventorrillo que tiene junto á un caminejo en un repliegue del terreno, á poca distancia de Fuencarral.

Una vez allí, Pascual puso en su cama á De Armagnac, y se fué á buscar al cirujano del pueblo.

Uno de los nuestros, por una casualidad extraña, ha podido tener conocimiento de esto.

Pascual ha sido sagazmente interrogado.

Se le ha retribuido, y así hemos podido llegar á saber, á una hora avanzada, que De Armagnac se habia batido en duelo con Salmedina, y que éste tenia razones para creer que habia matado á De Armagnac.

Nosotros sabíamos que Salmedina estaba de servicio en palacio, y yo he venido á verte para que le adviertas: dile de orden nuestra que cuando mañana salga de guardia, se deje ver durante una hora por la poblacion: podrá suceder se le acerque un mendigo y le pida una limosna; que le socorra, le deje ir, y luego le siga á lo lejos; podrá suceder tambien que ese mendigo no se le presente.

Es cuanto tengo que decirte, María Luisa, y me retiro.

No me hagas más preguntas, añadió cortándome la palabra que yo iba á pronunciar.

Hemos concluido por ahora.

Me he detenido demasiado.

Adios.

Y se fué.

—Yo tambien he concluido, conde mio, y me alegre, porque no hemos hablado todavía ni una sola palabra de nuestro amor, y yo necesito decirte que te adoro, que yo no creia se pudiese amar tanto ni ser tan feliz... y luego que todo nos viene bien. ¡Oh! ¡Si tú supieras á qué sociedad pertenecemos! yo no puedo decirte ni una sola palabra: me está prohibido; yo sé que tú me guardarías el secreto; pero no sé si estamos espiados ahora. Adios, estoy inquieta: una

eventualidad cualquiera podria comprometernos...
Adios, adorado mio, adios.

Y la princesa se levantó, abrazó al conde y luego se trasladó rápidamente al otro gabinete y llamó al espejo.

Se abrió este, y apareció Cascajares.

Poco despues el espejo se cerraba.

La princesa habia desaparecido.



Capítulo XVI.

De como se vió definitivamente libre Margarita.

— Al amanecer, el conde hizo llamar á Cascajares. Este apareció al momento completamente vestido, tan cuidadosamente como de costumbre. Lo que demostraba que no se habia desnudado. Conociase además que no habia dormido, en que tenia la cara lacia y una gran cargazon en los ojos. — ¡Qué noche, señor, qué noche de todos los diablos! — exclamó. — Perdóneme vucencia, excelentísimo señor; pero una noche como esta no la he pasado en todos los dias de mi vida; bien me lo decia mi padre: Benito, servir á los príncipes es muy provechoso; pero se pasan tambien muy malos ratos, y nos metemos en grandes, en grandísimos compromisos. Dispéñseme, pues, vucencia, excelentísimo señor; su

excelencia descansa, duerme que da envidia, segun dice mi carisima mitad, porque, como vuecencia comprende, yo no puedo ser osado á entrarme en una habitacion donde su excelencia duerme.

—Vamos al caso, señor Cascajares,—dijo el conde;—empecemos por el principio: tomad.

Y el conde puso sobre la mesa uno de aquellos antiguos bolsillos de malla, repleto de onzas de oro.

—Excelentísimo señor,—exclamó Cascajares, haciendo el movimiento de pavo que traga nueces que ya conocemos, acompañado, como siempre de aquella contraccion que le cogia el ojo izquierdo y la extremidad izquierda de la boca, y parecia, de una parte un guiño y de otra una sonrisa:—yo sirvó á vuecencia de una manera completamente desinteresada.

—Pero no estamos en el caso, señor Cascajares,—dijo el conde,—de que seais el sastre del Campillo, que cosia de balde y ponía el hilo; voy á haceros ciertos encargos que requieren gastos. Pero ante todo, veamos si es posible hoy la salida de la señora doña Margarita de palacio, de una manera secreta.

—Ya está andado eso, excelentísimo señor, y me he convencido de la posibilidad, por mi propia experiencia: la acrecida del rio ha bajado completamente; por consecuencia, ya no hay turbillon en la cloaca; yo he salido por ella al campo: hay un poco de fango; pero tambien hay piedras que sobresalen, y sobre las que puede marchar una dama.

—Perfectamente, señor Cascajares. Vamos á otra

cosa: se necesita un traje á propósito para doña Margarita; y dicho se está que no puede servirle un traje de vuestra mujer.

—¡Oh! imposible, señor: su excelencia es alta y esbelta, y mi Eduvigis es una albóndiga: buscaré en el Pardo: tendremos traje.

—Añadid un manto.

—Eso es más difícil, excelentísimo señor; porque como por los edictos de su majestad, aunque no se haga mucho caso de ellos, están prohibidos los mantos, los sombreros chambergos y las antiguas capas á la española, los mantos van cayendo en desuso y no se encuentran fácilmente; pero los han achicado, los han reducido hasta el punto que no pasan de los hombros, y han hecho lo que se llama la mantilla, que, entre paréntesis, es mucho más bonita que el manto, favorece mucho más á las mujeres, y tiene grandes encajes y gran velo tupido. Para eso no hay que salir de casa: mi Eduvigis tiene dos muy buenas mantillas, particularmente una de ellas riquísima: como que está hecha con encajes de Alençon que le ha regalado su alteza la princesa de Asturias.

—Perfectamente, señor Cascajares: tenemos, pues, traje y mantilla. Ahora necesitamos un coche cerrado que espere á la hora del relevo en la alameda inmediata á la cloaca.

—¡Oh! Pues eso es sencillísimo, excelentísimo señor.

—Pero para todo eso se necesita dinero, y vos

no podeis tener las pretensiones de ponerlo de vuestro bolsillo.

—¡Oh, señor!—exclamó Cascajares, repitiendo su mueca habitual;—yo no me atreveria á una tal falta de respeto.

Y se guardó el bolsillo del conde, que pesaba por lo ménos libra y media.

—Necesito todavía otra cosa, señor Cascajares: es necesario que un hombre á caballo lleve inmediatamente una carta mia á la señora marquesa de Vallezarzal, calle de Don Pedro, número 3. Voy á escribir la carta.

—Perfectamente, excelentísimo señor.
El conde escribió lo siguiente:

«Mi queridísima tia: hoy se os presentará con una carta mia una jóven dama que os recomiendo. Cuando yo os la envío, suplicándoos la recibais en vuestra casa y la trateis como me trataríais á mí, no tengo necesidad de deciros que es por todos conceptos dignísima de que la considereis como si fuera vuestra hija. Os bastará verla y oirla para apasionaros de ella. Esta es una historia que yo os explicaré. Esa señorita llegará á vuestra casa entre una y dos de la tarde. Es posible que yo llegue antes que ella: me complaceria esto mucho. Es posible tambien que yo tarde algunas horas en ir, tal vez algunos dias; no lo sé. Proteged á Margarita, madre mia, y tenedla á vuestro lado hasta que yo aparezca. Vuestro sobrino, que os ama con toda su alma.

LUIS.»

El conde cerró esta carta, la puso el sobre, y la dió á Cascajares.

—Por supuesto,—le dijo,—que sea de gran confianza el hombre que lleve esta carta, y que guarde secreto acerca de su comision.

—¡Oh! Por supuesto, excelentísimo señor.

—Esperad, esperad aún, señor Cascajares; no he concluido.

—Perdone vucencia; pero mi impaciencia por servirle...

—Muchas gracias, señor Cascajares.

—No hay de qué darlas, excelentísimo señor.

El conde escribió una nueva cara.

Su contenido era el siguiente:

«Mi adorada Margarita: todo está dispuesto para que salgas de palacio sin ser notada, y te traslades casa de mi tia la marquesa de Vallezarzal, que te aguardará, porque estará ya avisada. Yo no sé si podré verte cuando se haga el relevo; en todo caso, confiate al señor Cascajares, y haz lo que él te diga. Tuyo con toda su alma,—Tu Luis.»

Cerró esta carta el conde, y sin ponerla sobre escrito la dió á Cascajares.

—Tomad,—le dijo,—guardad esta carta; si media hora despues del relevo yo no aparezco en vuestro cuarto, la dareis á la señora doña Margarita. Ella se confiará á vos. La sacareis por la mina, y le llevareis al coche, que debe estar esperando. Os advierto que el conductor del carruaje debe ser persona de gran confianza.

—¡Oh, señor conde!—dijo Cascajares, haciendo su gesto.—Descuide vucencia, que yo me he puesto malo, y así lo haré advertir.

—No entiendo bien.

—Quiero decir, que suceda lo que suceda, comprométame á lo que me comprometa, yo acompaño á doña Margarita, y me vuelvo al momento. ¿Que conductor mejor que yo, excelentísimo señor? Por supuesto que cuento con que vucencia me saque adelante. En la casa no se hace más que lo que quiere la señora princesa de Astúrias, y como á lo que se ve, la señora princesa de Astúrias hace todo lo que vucencia quiere, resulta que por ahora en la real casa se hará todo lo que vucencia quiera.

Estaba completamente explicado el servicialismo de Cascajares respecto al conde.

—Valeis un mundo,—dijo éste;—y como nada más tengo que deciros, podeis retiraros.

Cascajares salió.

El conde de la Salmedina esperó impacientísimo las once, hora del relevo, que llegó al fin.

Apenas el conde hubo sido relevado, se fué á dar vuelta por la parte más pública de la poblacion, esperando á que alguien, desconocido para él, le preguntase por la hora y le dijese: seguidme.

Pero en un cuarto de hora no sucedió esto.

El conde habia cumplido en parte con la sociedad secreta á que pertenecía.

Era claro que esto le dejaba cierta libertad para sus negocios propios.

El conde se metió en palacio, y se subió al cuarto de Cascajares.

Allí estaba todavía Margarita.

Habia cambiado de traje.

Y este cambio la favorecía.

Porque las mantillas sientan muy bien á las mujeres jóvenes y hermosas.

Tenia además una basquiña de alepin negro, que revelaba sus formas y dejaba ver su pié, lo que no habia visto aún el conde.

Un pié delicioso, pequeñito, curvo, mórbido, hechicero.

El señor Cascajares tenia debajo del brazo un envoltorio.

Este envoltorio contenia el traje blanco de lana de que se habia despojado Margarita.

—Pues no perdamos ni un solo momento,—dijo el conde;—supongo que el coche espera.

—Todo está dispuesto, excelentísimo señor,—dijo Cascajares;—enciende mi linterna y dámela, Eduvigis.

Una vez obtenido este utensilio, Cascajares abrió el armario.

—Recomiendo á vuécencias,—dijo,—gran tiento, gran silencio, mientras pasemos por las escaleras. Su alteza podria estar en su dormitorio, y como esto es acústico, apercibirse de algo; esto podria contrariarnos grandemente.

—Descuidad, descuidad,—dijo el conde,—que no se nos sentirá.

—Pero para ello, —dijo Cascajares, —empiece vucencia por quitarse las espuelas.

—Teneis razon, —dijo el conde; —estoy aturdido. Y se quitó las espuelas.

—Pero no os las dejeis por Dios olvidadas, —dijo Margarita sonriendo.

—¡Ah! descuidad, —dijo el conde; —eso no sucedé más que una vez.

Descendieron.

Se deslizaron con un gran silencio por las escaleras.

Llegaron á la mina.

La recorrieron.

Salieron á la cloaca.

Desde allí se destacó Cascajares para hacer un reconocimiento.

Volvió inmediatamente.

—Nadie, nadie, —dijo; —el desierto.

Salieron, sosteniendo el conde á Margarita para que pasase con facilidad sobre las piedras que dominaban el lodo.

Llegaron al carruaje.

—Y bien, —dijo el conde; —dad esa carta que yo os he dado á su excelencia, aunque ya es inútil.

Cascajares dió la carta á Margarita, que la leyó y sonrió.

Luego la guardó.

Aquella carta era para ella la primera prenda de amor que tenia del conde.

—Ahora bien, —dijo éste: —yo voy á procurar estar en casa de mi tia antes de que vos llegueis; pero

si no estoy, si tardo, aunque mi tardanza sea de dias, no os inquieteis absolutamente; será que tendré ocupaciones imprescindibles.

—¡Ah! pero esas ocupaciones...—exclamó Margarita.

—No son en manera alguna peligrosas.

—Adios, pues, y hasta la vista.

El carruaje partió, y el conde se volvió otra vez á la poblacion, y se puso á pasear por sus puntos más públicos.

No habia faltado á su compromiso con la sociedad.

Esperó tres cuartos de hora; dió la una.

Habia habido tiempo bastante para que se le buscara.

El conde se fué á la hostería de los Monteros de Espinosa.

—A caballo, Baltasar,—dijo.

Diez minutos después, el conde, arrostrando todo lo que pudiese acontecerle por abandonar su guarnicion, corria á revienta caballo por el camino de Madrid.

Margarita se habia puesto en marcha á las doce y cuarto.

No podia humanamente haber llegado aún á Madrid, teniendo en cuenta que el coche era muy pesado y que sólo tiraban de él dos mulas.

Los caballos del conde y de Baltasar llevaban una velocidad de diez minutos por legua.

En la Moncloa, antes de llegar á la puerta de Hier-

ro, se cruzaron con el coche en que iban Margarita y Cascajares, afortunadamente para los pobres caballos.

El conde hizo parar el coche.

—Señor Cascajares,—dijo,—yo os agradezco mucho vuestro servicio; pero podeis volveros con Baltasar al Pardo en mi caballo: no quiero que os comprometais más por nosotros, bastante habeis hecho.

—Muchas gracias, excelentísimo señor,—dijo Cascajares:—adios, excelentísima señora, hasta el dia en que mi mujer y yo tengamos la alta honra de volver á ver á vucencia y ponernos á sus órdenes.

—Muchas cosas á vuestra mujer, señor Cascajares, y adios.

Cascajares cerró la portezuela.

El coche se puso en marcha.

—¡Oh! Gracias á Dios que somos libres,—exclamó el conde;—todo nos sucede mejor que lo que pudiéramos desear; y yo tengo apetito. ¿Quieres que nos detengamos en la posada de la Puerta de Hierro? En ella hay siempre, por lo ménos, excelentes truchas y exquisitas perdices escabechadas.

—Como tú quieras, Luis,—dijo Margarita;—de todos modos, yo temo presentarme en esta situacion excepcional á tu tia.

—¡Oh! Mi tia es un árgel.

El conde, como hubieran llegado delante de la antigua posada, y hoy parador de la Puerta de Hierro, hizo parar el carruaje.

Margarita se echó el espeso velo de su mantilla, y apoyada en el brazo del conde, entró en la posada.

Un momento despues les servian, al sol que entraba por una ventana, en un aposento de la posada, un aromático guiso de liebre.

Capítulo XVII

En una de las salas un poco de la posada y otro poco de
 la posada de amor.



El conde no podía en sí de gozo, viéndose enfiado
 con Margarita, abrazado con ella, sacando
 se en contigüencia su hermosa y la faz del dorado
 sus que enreda por la ventana.

Margarita no se había quitado la mantilla.

—Yo no me he puesto esta prima nueva — di-
 jo — y si me la pongo no sabré volverme á ponerla.
 — ¡Oh! Jesús, deliciosa, incomparable con ella —

— dijo el conde, que le miraba atrevido — parece que
 la mantilla se ha hecho para tí para que el sol
 que ha prohibido los malos rayos.

— ¿Y á qué caso? — dijo Margarita.
 — Como del mundo de las palmas, ministro de
 Hacienda y de la guerra — dijo el conde — en su

Capítulo XVII.

En que se trata un poco de Esquilache, y otro poco de proyectos de amor.

El conde no cabia en sí de gozo, viéndose en libertad con Margarita, almorzando con ella, saciándose en contemplar su hermosura. á la luz del dorado sol que entraba por la ventana.

Margarita no se habia quitado la mantilla.

—Yo no me he puesto esta prenda nunca,—dijo,—y si me la quito no sabré volvérmela á poner.

—¡Oh! Estás deliciosa, incomparable con ella,—dijo el conde, que la miraba arrobado;—parece que la mantilla se ha hecho para tí; bien haya el edicto que ha prohibido los mantos largos.

—¿Y á qué eso?—dijo Margarita.

—Cosas del marqués de Esquilache, ministro de Hacienda y de la Guerra,—dijo el conde,—en su

manía por las reformas: no deja nada quieto; los españoles están muy apegados á sus viejas costumbres, y ven con ódio estas reformas planteadas por un extranjero.

—¡Ah! ¿Es extranjero ese ministro?—dijo Margarita.

—Sí, le traje consigo el rey cuando por la muerte de su hermano don Fernando vino de Nápoles á España para ocupar el trono; su cualidad de extranjero hizo que desde el momento se le mirase mal en el ministerio, y pareciesen más censurables de lo que en efecto lo eran sus actos. El marqués de Esquilache no disimula el desprecio que siente por los españoles, á quienes llama mendigos, y que embozados en sus capas, y con sus sombreros gachos sobre los ojos, se deslizaban por las oscuras calles, en que todavía no habia alumbrado público.

—¡Oh! y tenía razon el marqués,—dijo Margarita;—un hombre embozado en una larga capa, echado el sombrero sobre el semblante, y deslizándose en la sombra, tiene todas las trazas de un bandido.

—No, no, Margarita; el marqués de Esquilache se deja influir por las apariencias y por el ódio que tiene á los españoles, que no le han recibido bien, especialmente los frailes, las monjas y los clérigos; el marqués de Esquilache mira con desden á Roma, y es extremadamente regalista; esto le ha valido una gran odiosidad: el clero no se descuida, y aprovecha todas las ocasiones de atacarle; anda por ahí un fraile gilito que se llama el padre Cuenca, que tiene la manía de

predicar en las plazas, que ha adquirido una gran popularidad porque habla al pueblo en su lenguaje, y que no pierde ocasion para zaherir á Esquilaque, refiriéndose á él en alusiones trasparentes; juzga tí de lo que será el tal fraile, por lo que te voy á decir.

Un dia, no hace mucho tiempo, pasaba yo por la plazuela de Anton Martin.

Al rededor de la fuente habia una numerosa multitud, y se oia una voz que hablaba á voces.

Por cima de las cabezas de la multitud asomaba el medio cuerpo de un fraile gilito, que estaba sin duda subido en el prétil de la fuente.

Era el padre Cuenca.

«¿Pues quién duda,—decia,—que la capa larga á la española, es otra cosa que una túnica abierta y ámplia, que se ha usado en todos los tiempos y por todas las gentes, por su excelencia? ¿No la usaron el casto José, San Martin, que si no la tuviera no la partiera con el pobre, y los apóstoles y el mismo Jesucristo, nuestro Santísimo Redentor? ¿Pues cómo hay impíos y herejes que se atreven á decir que aquello que usaron Jesucristo y sus apóstoles, y el casto José y San Martin, da al hombre que lo usa apariencia de bandido? Este hombre está dejado de la mano de Dios, y merece ser excomulgado por el papa. ¿Pues qué diré de los sombreros gachos que defienden de la lluvia ó del sol el rostro, y que dan gravedad al semblante, y que sobre todo fueron usados por el Señor Santiago Apóstol? ¿Pues y qué de los mantos, que sirven para defender la modestia de las mujeres de

miradas indecentes, y que las cubren de la manera que por su honestidad conviene á una mujer hermosa cuando sale á la calle, y sobre todo cuando está en la iglesia? Yo os digo, hermanos míos, que el que al uso de estas utilísimas prendas se opone, ni es español, ni es cristiano, ni merece otra cosa que un severísimo castigo de Dios y del rey.»

Prescindiendo ahora, mi adorada Margarita, de si llevaron la capa larga á la española el casto José y San Martín, y de si llevó ó no sombrero gacho Santiago Apostol, los españoles están encariñados con los mantos, las capas y los sombreros, porque son soberbios y enamoradizos, y por aquello de que *una buena capa todo lo tapa*: una mujer que tiene un buen manto, puede salir de cualquiera manera á la calle, porque el manto lo tapa todo, sin que su altivez por ir vestida con desaliño se lastime; y lo mismo puede decirse de la capa respecto á los hombres: además, el manto, la capa y el sombrero protegen las aventuras amorosas y los enredos, y ya tenemos una muy buena comedia de nuestro teatro del siglo pasado, que se llama el *Socorro de los mantos*. ¿Cómo se hubieran arreglado para escribir sus buenas comedias de enredo Lope, Calderón, Tirso de Molina, Alarcón, Moreto y otros, si no hubieran tenido para socorrerse mantos, capas y sombreros, y si allá en sus tiempos hubiese habido alumbrado público? El amor ama al misterio y la sombra, y sin sombra y sin misterio no puede haber aventuras amorosas: dígalo si no la afortunada que estamos corriendo desde que nos

conocemos; y dí tú si no te vino muy bien mi capa larga á la española, cuando nos presentamos antes de anoche, iluminados de lleno por la luna, delante de palacio.

— ¡Oh! ¡qué aventura! — exclamó Margarita suspirando.

— Dejemos, pues, á Esquiláche y á sus innovaciones, que pueden producir un sério disgusto, y vengamos á nosotros, Margarita del mi alma: ¿será posible que tú me ames como te amó yo á tí?

Margarita se puso vivamente encendida, bajó los ojos, y luego los alzó y envolvió con una mirada infinita al conde.

— ¡Oh! es necesario; necesario de todo punto, — dijo el conde, — que seas mía, y lo serás.

— ¡Oh! — dijo Margarita, moviendo tristemente la cabeza; — eso es imposible.

— ¡Imposible! ¿Y por qué? — exclamó con vehemencia el conde.

— ¿Quién soy yo? — exclamó Margarita: — un misterio: con un misterio no puede casarse nadie: ¿dónde están los papeles que prueban mi nacimiento?

— Yo los tendré, — dijo el conde. — Sí; yo llegaré [hasta la] aclaración del misterio que te envuelve.

— ¡Y cómo! — dijo Margarita.

— Por dós medios.

— ¡Por dós medios! ¿Y cuáles son esos medios?

— El uno el marqués de Letour, Godofredo de Armagnac.

—¡Ah! ¿Pero no ha muerto?

—No.

—¿Que no ha muerto ese hombre?

—Vive: le habia salvado una casualidad.

—Y cómo lo sabes tú?

—Me lo reveló anoche... María Luisa,—dijo, con embarazo el conde.

—¡Ah!—dijo Margarita, que se habia puesto pálida;—no hablemos más de esa señora... de todos modos, nuestra union es imposible: nosotros no podemos ser más que hermanos.

—¡Ah! ¡no! tú serás mía; la misma princesa es el otro de los medios que tengo para llegar á la aclaracion de tu origen.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—dijo Margarita.—¿Por qué nos hemos encontrado? ¿Por qué, si nos hemos encontrado, este intenso, rápido y violento amor que se ha apoderado de nosotros? ¡Un amor que no puede producir otra cosa que desgracias!

—Yo espero, Margarita, yo espero; y además, soy por tí capaz de todo: yo llegaré hasta descubrir tu origen, y sea cualquiera, yo me uniré á tí arrojándolo todo. ¡Ah, tú eres mi vida! Sin tí, ¿qué puedo yo esperar más que dolor y desolacion?

—¡Quién sabe, quién sabe!—dijo Margarita.—Pero hemos acabado de almorzar, y yo estoy inquieta; no me creeré segura hasta que me encuentre en casa de tu tia; ese hombre vive.

—Pero está sujeto en un lecho por una estocada, de la cual es posible que muera.

—Ese hombre no está solo,—dijo Margarita:—ese hombre no estaba solo... ¿Qué se ha hecho de su esposa, de aquella hermosísima señora morena de que yo te he hablado, que me trataba con el amor de una madre, y que hace tanto tiempo que no veo? ¡Ah, creemos haber roto la red en que me encontraba presa! Dios quiera que esa red no me aprisione más y más.

Y Margarita se acomodó la mantilla que se había echado atrás para almorzar, y se cubrió con el velo.

El conde llamó, pagó, y bajaron, entraron en el coche y se pusieron de nuevo en marcha.

Capítulo XIX.

De como es necesario saber á quién se socorre, y delante de quién se habla.

Al llegar el coche á la extremidad del puente de Segovia, por la parte de Madrid, Margarita y el conde oyeron un gran tumulto.

El coche se habia detenido.

El conde corrió una de las cortinillas, y miró.

Una multitud de gente comun maltrataba á palos y á pedradas á un hombre, que se defendia muy mal con una espadeja.

Aquel hombre tenia *redingot*, es decir, una especie de levita con esclavina, y sombrero apuntado de tres candiles.

El conde, al verle, habia comprendido la razon del tumulto.

Habia sido causado sin duda por el tricornio y por el redingot del acometido.

Este se habia arrojado, como á un lugar de salvacion, al coche; habia subido al estribo, y pugnaba por abrir la portezuela.

Una piedra vino á romper la vidriera de aquel lado.

El conde se irritó; abrió violentamente la portezuela, metió vigorosamente por un brazo en el coche al acometido, y saltó afuera.

El conde, una vez relevado de su servicio, habia dejado su ostentoso tricornio de capitán general, galoneado y con plumas, su redingot pardo de rico paño, y habia recuperado su capa larga á la española y su sombrero chambergo, aunque galoneado y con plumas con arreglo á su rango.

La capa tenia tambien galoneadas sus tres esclavinas de grana con picos; pero era, en fin, una capa negra, larga, larguísima, completamente á la española.

Debajo de la capa se veia su uniforme de la guardia walona.

A la turba que habia acometido á aquel pobre diablo, sin duda á causa de su traje extranjero á la moda de Esquilache, como decia el *pópulo*, se le hizo simpático tambien por razon del traje el conde.

—¡Vive Dios, canalla!— exclamó éste, que estaba muy irritado; —¿por qué os habeis atrevido á apedrear mi coche? ¿Creeis que yo soy tan blando como ese *quidam* que se ha amparado de mí?

—Con vucencia no va nada, ni con los buenos españoles,—dijo tomando la palabra por todos uno que parecia zapatero de viejo, á juzgar por el mandil

viejo, súcio y despellejado, que le cubria desde el cuello hasta la mitad de los muslos;—pero no queremos que nos insulte nadie, confiando en el poder del marqués de Esquilache.

—¿Y qué necesidad tenemos de dar satisfacciones?—dijo uno que parecia cortador.—¿No veis que su excelencia es uno de los de la guardia walona?

—¿Y qué teneis que decir contra la guardia walona?—exclamó con altivez el conde.

—Que lo digan los que fueron apaleados en el Buen Retiro, la noche de los fuegos artificiales por el casamiento del príncipe de Asturias.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde, que se habia cansado ya.—Aquellos eran del segundo regimiento, de los del marqués de Priego; ¿qué teneis que decir de los walones del primer regimiento, que es el mio? ¿No se les castiga cuando hacen algun daño á los paisanos? ¿Hay ni una sola gota de sangre de los vecinos de Madrid en las bayonetas del primer regimiento de walones?

—Dice bien el señor conde de la Salmedina,—dijo una voz que salió de en medio de la multitud;—él no es como el marqués de Priego.

—¡No, no, no!—dijeron aquí y allá algunas voces.

—¡Viva el conde de la Salmedina!—gritó uno.

—¡Que viva!—repitió la multitud.

—No me vitoreis mucho, no sea que se ofenda Esquilaque,—dijo sonriendo el conde, á quien halagaba aquella ovacion de la multitud.

—Que se lo lleve el diablo,—dijo otra voz;—á cada uno le llegará su San Martín; ya se lo contaremos un día al señor marqués de Esquilache y al señor marqués de Prieto.

—¡Mueran! ¡mueran!—gritaron en coro.

—¡Afuera los tricornios y los redingotes!

—¡Vivan los mantos, las capas y los sombreros!

—Amigos míos,—dijo el conde:—yo os aconsejo que no seais sediciosos; esperad, que con el tiempo vendrá el tiento; y tened confianza en que nadie nos ha de quitar nuestros buenos usos y costumbres, mientras tengamos en las venas buena sangre española.

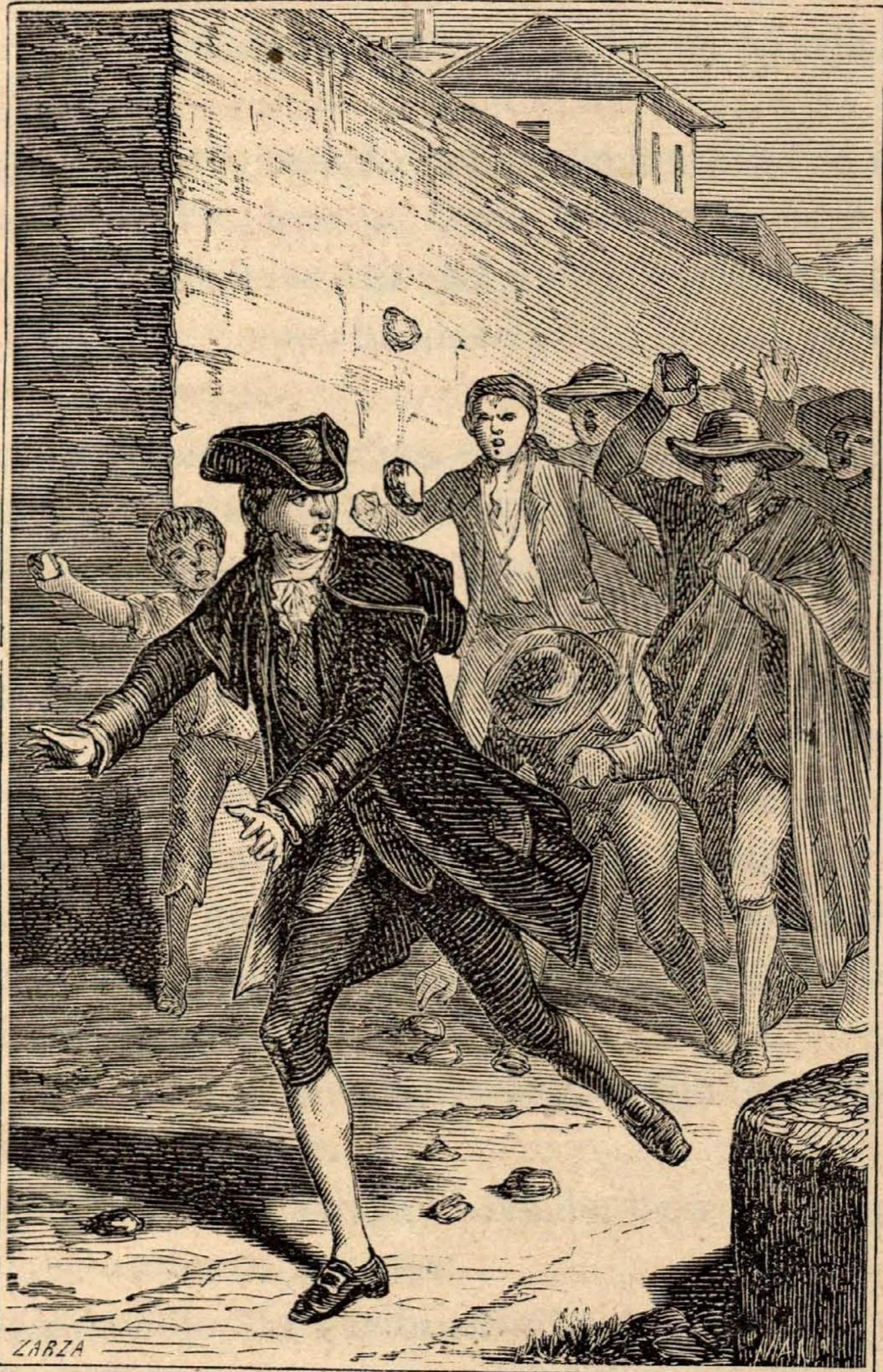
—Es que dicen que nos van á quitar las capas y los sombreros, y á sacar multa, y á meter en la cárcel á quien los lleve.

—Todavía no se ha visto eso; cuando se vea, veremos lo que hay que hacer; porque esto es cuestion de todos los españoles; pero entre tanto, amigos míos, paciencia y calma: no hay que alborotar por lo que todavía no ha sucedido. ¡Ah! ¡tabernero!—añadió el conde, dirigiéndose al dueño de una tabernilla inmediata:—da de beber de mi parte á todo el que quiera, y envia la cuenta á mi mayordomo.

—¡Viva, viva!—gritó la multitud, olvidándose del mezquino á quien habia maltratado.

El conde se volvió al coche.

Mientras esta escena habia tenido lugar, Margarita, cubierta con su velo, se habia replegado á un ángulo del carruaje, ocultándose cuanto habia podido.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Vivan los mantos, las capas
y los sombreros!



MOIN DE BROUILLAGE - Vingt-deuxième des cartes
à la main

El carruaje se puso en marcha.

En la parte anterior estaba el aporreado encogido, tembloroso, y con la cara ensangrentada.

Le había alcanzado una pedrada en la ceja izquierda.

Aquel hombre, cuando vió que la multitud se había quedado atrás, que no tenía nada que temer, se arrojó de repente á los piés del conde, y le dijo, asiéndole las manos y manchándoselas de la sangre que corría de su herida:

—¡Ah! ¡Muchas gracias, excelentísimo señor! ¡sin vucencia hubieran dado fin de mí!

Afortunadamente tenía puestos los guantes el conde.

—Venid, venid acá, pobre hombre,—dijo conmovida Margarita;—eso no es nada; una ligera descalabradura; pero es necesario restañaros la sangre.

El incógnito se quitó el sombrero, causa de sus desdichas, que hasta entonces había tenido puesto por turbacion, y Margarita le vendó la herida con su propio pañuelo.

—¡Ah! Gracias, señora condesa,—dijo aquel hombre,—muchas gracias.

—¿No te parece,—dijo el conde,—de buen augurio lo que acaba de suceder?

—¡Ah!—dijo Margarita suspirando.

El conde se refería á la calificación que su protegido había hecho á bulto de Margarita, llamándola condesa.

Había oído llamar conde á su protector.

A bulto los habia casado, llamando condesa á Margarita.

Era un hombrecillo como de cincuenta años, de fisonomía mezquina, muy semejante á la de un raton, si se nos permite atribuir á un raton fisonomía.

Era pequeño, y llevaba un peluquin ridiculo, con la coleta rabitiesa.

Pero á primera vista se descubria en él la astucia.

—Contadme, contadme cómo ha sucedido eso,—dijo el conde.

—Yo, excelentísimo señor,—dijo el viejecillo,—me llamo Cosme Calcorra, y para servir á vuecencia, soy oficial mayor del contador del gremio de la seda: ya se ve, los empleados, so pena de perder nuestro sueldo, que es el pan de nuestros hijos; tenemos que hacer lo necesario para que no se enoje con nosotros el rey. ¡Ya se vé! á este señor marqués de Esquilache no le gustan las capas largas, ni los sombreros gachos, ni los mantos grandes; nada que tape á las personas: le gusta á su excelencia que todo el mundo ande con la cara descubierta, y para que hasta de noche se nos vea, ha mandado poner un farol en cada esquina para que estén alumbradas las calles.

—Les queda á los rondadores y á los aventureros,—dijo el conde,—casi toda la noche por suya para andar á oscuras, porque en dando las diez no hay farol del alumbrado público que no agonice y se muera.

—Pues para eso más valia que no hubieran inventado lo de los faroles,—dijo Calcorra,—porque los vecinos lo han tomado, no porque el señor marqués de Esquilache haya querido procurarles la comodidad de que hasta cierta hora de la noche no se rompan las narices contra rejas y las esquinas, sino porque el señor marqués ve en cada español un enemigo, y quiere que se le vea la cara, por aquello de que no hay peor enemigo que el encubierto.

—Puede ser que haya algo de eso,—dijo el conde, como dirigiéndose á Margarita:—yo veo detrás de esta tenacidad en proscribir todo lo que sirve para encubrirse, un objeto político: yo no sé, pero esto me huele á conspiracion, y á una gran conspiracion, de que sin duda debe tener, si no noticias, barruntos Esquilache. Ha empezado por apuntar los sombreros de la servidumbre de palacio, del ejército y de los empleados; de todos, en fin, los que están directamente bajo el poder del rey ó del suyo, y de chambergos los ha convertido en tricornios: la cosa ha parecido bien por allá, y se han apuntado los sombreros franceses. Muy pronto, como Paris da la moda á Europa, el sombrero apuntado se extenderá, y nadie puede quitar á Esquilache la gloria de la invencion. Yo creo que el rey debia titularle conde-duque del Tricornio. Pero va á haber palos, Margarita, va á haber palos: mucho será que un dia no me vea yo obligado á hacer calar bayoneta contra ese buen pueblo español, cuya altivez rechaza las innovaciones que le ofenden.

—Todo podría ser, excelentísimo señor,—dijo con voz quejumbrosa Calcorra;—pero en lo de que va á haber palos, permitame vucencia que le diga que los ha habido ya, y aun pedradas; y si no dígalome ceja izquierda, que me duele más de lo que yo quisiera.

—Ya se ve, ellos ven venir el nublado y que Esquilache, haciendo usar el tricornio y el redingote á soldados y á empleados, no pretende otra cosa que acostumbrar á las gentes á ellos; y como la innovacion no les gusta, la rechazan, y la rechazan de una manera ruda, á la española. Pero ¿cómo ha sido la cuestion que os ha producido esa pedrada que yo deploro, señor Calcorra?

—Pues ha de saber vucencia,—dijo éste,—que, como hace buen dia, me habia yo venido dando un paseo, y al mismo tiempo con intencion de ver á una comadre mia, que ayer ha salido de su cuidado. Pues ha de saber vucencia, que al pasar yo por delante de la tabernilla que vucencia ha visto, saltó un pícaro, y dijo:—Ven tú acá, Esquilache; guárdame la cria del tricornio y del redingote.

Yo, que no soy muy sufrido, señor conde, porque soy un hombre honrado, y estoy muy en mi punto, como pueden decirlo todos los que me conocen, me volví un si es no es airado, y dije á aquel bribon:

—Métase vuesa merced en lo que le importe ó donde quepa, y deje á las gentes honradas que vayan por su camino.

Pero ¡quien tal dijo, excelentísimo señor!

Apenas habia yo vociferado estas palabras, cuando me soltaron una silbatina, y yo no sé de dónde salieron tantos tronchos de coles como cayeron sobre mí.

Esto no era para sufrido por hombre de genio, y tiré de la espada.

Entonces los tronchos se convirtieron en piedras.

Se armó el tumulto y la batahola que vucencia ha visto, y gracias á que vucencia ha llegado á tiempo y me ha protegido, y no he salido más que descalabrado.

Pero yo les juro que no se han de ir sin pagarla, que yo los he conocido, y no han de hacerse esperar las costas.

—Dejaos de eso,—le dijo el conde,—y no os hagais enemigos, señor Calcorra, que á mí me parece que esto no va á acabar en bien. En fin, tirad el tricordio y el redingonte, y volveos á poner el chambergo y la capa larga, como la llevamos todos los que de españoles nos preciamos, y no tengais cuidado porque os quiten el destino que teneis en gremios, porque no ha de decirse que os habeis encontrado conmigo, y en tales circunstancias, y yo no os he otorgado mi proteccion.

—¡Oh! Mil y mil gracias, excelentísimo señor,—dijo Calcorra.

—¿Y no teneis familia?—dijo el conde.

—Mujer tengo, y jóven y linda, pero no hijos, aunque hace dos años que me he casado, cansado de vivir soltero.

—Pues tranquilícese el buen Calcorra, que lo de la ceja no es nada, y ya llegamos y se le curará como conviene.

En aquel momento paró el coche en la calle de Don Pedro, delante de la casa de la marquesa de Vallezarzal, tía del conde de la Salmedina.

Acudió un lacayo, abrió la portezuela, puso aquella banqueta que iba colgada en los antiguos carruajes.

Bajó el conde, dió la mano á Margarita, que estaba completamente cubierta con el velo, y luego ayudó á bajar á Calcorra.

—Pascasio,—dijo el conde á uno de los lacayos de la casa,—aposenta inmediatamente á este buen hombre, y que se llame al instante á un cirujano para que le cure.

Después de esto y de haber asegurado á Calcorra que iría á verle en cuanto estuviese libre, el conde dió el brazo á Margarita, y subió con ella por las anchas escaleras.

—Mucho te metes en el maíz, señor excelentísimo,—dijo para sí Calcorra, siguiendo al criado, que le guiaba hácia un patio para ganar unas escaleras de servicio;—tú has hablado de conspiraciones, de conspiraciones se nos está hablando todos los días; ¿serás tú un conspirador? ¿Será tu mujer esa hermosa señora cuyos ojos relucen como soles detrás del velo?... Mucho cuidado, Calcorra, no hagamos disparates; observemos, y decidámonos por lo que más nos convenga.

¿Qué era Calcorra además de ser empleado en uno de los cinco gremios mayores?

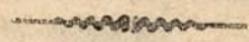
¿Un pícaro, ó un polizonte?

Ya lo veremos.

El mismo nos lo dirá.

Capítulo XX.

La mansión de Vallera.



Capítulo XX.

La marquesa de Vallezarzal.

La marquesa de Vallezarzal, doña Magdalena de Valflorido, tía del conde de la Salmedina, era una señora como de sesenta años, pero muy bien conservada, y que todavía parecía agradable.

Era de buena estatura, derecha, esbelta, y vestía con sumo gusto y suma elegancia, á vueltas de una exquisita sencillez que excluía todo género de pretensiones.

A primera vista se comprendía que era benévola, dulce, soñadora y sensible.

Digamos de paso que se habia mantenido soltera. Mas aún, que no habia tenido amores, porque nadie habia llegado á impresionar lo bastante su exagerada sensibilidad.

No podia decirse que habia amado más que á su sobrino.

Pero la costumbre de verle desde niño, el haberse quedado huérfano aun en la cuna, el haber sido su tutora, el haberle educado, habian hecho del amor de la marquesa para con el conde un amor de madre.

Sin embargo, si penetráramos en el interior de la marquesa de Vallezarzal, nos encontraríamos con que un dia, al besarla como de costumbre don Luis, cuando ya tenia diez y ocho años, la marquesa sintió un estremecimiento de un género nuevo para ella.

La habia quemado el beso de su Luis!

Su corazon habia latido de una manera violenta, y se habia sentido inquieta.

Virgen de cuerpo y alma, la marquesa no pudo comprender por el momento lo que sentia.

Pero apeló á su confesor, que era un orondo padre capuchino, de los de pezuña hendida, que no por esto dejaba de ser de grandes campanillas: predicador del rey, aristócrata por sus maneras y por sus inclinaciones, á pesar de su burdo sayal ceniciento de San Francisco puesto sobre la carne, y de sus sandalias; y este santo varon, que conocia demasiado el corazon humano, y por consecuencia el amor, en cuanto la oyó quejarse de la enfermedad que padecia, esto es, de que la latia el corazon sin saber por qué, de que comia mal y dormia peor, y estaba triste, exclamó:

—Necesariamente; Dios lo dijo: todas, más tarde

ó más pronto, vienen á caer en la cuenta de que están hechas de la costilla de Adan, y de que por consecuencia son carne y hueso de Adan. Pero me sorprendes, hija mia, me sorprendes: yo creia que te ibas á escapar sin pagar el tributo irredimible impuesto á la mujer.

Estas palabras alarmaron más y más, y más y más aumentaron la turbacion de la marquesa, que por efecto de su educacion y de la severidad del trato de las buenas gentes en aquel tiempo, conservaba incólume el tesoro de su inocencia.

Hay que advertir, que la marquesa, por efecto de la pureza de su vida y de la sencillez de la monotonía de sus costumbres, que determinaban un método de vida siempre igual, á los cincuenta años se conservaba jóven, fresca y bella, extraordinariamente voluptuosa por su mismo candor, y capaz de inspirar una pasion al más descontentadizo.

Las canas no habian aparecido aún en sus cabellos, ni las arrugas en su piel, ni la demacracion en sus formas.

Se habia estacionado, en fin, en sus treinta años.

Estaba perfectamente conservada.

Muchos, durante toda su vida, desde que habia cumplido sus diez y seis años, habian pretendido su mano.

Pero estas pretensiones no habian marchitado en nada la inocencia de la marquesa.

Porque no habian llevado adjunta la palabra amor.

Esto se sobreentendia.

Nuestros abuelos eran muy circunspectos, muy severos, muy tiesos.

Tenian acerca del honor y de la delicadeza una idea exagerada.

Cuando una dama les convenia por su alcurnia, su riqueza y su hermosura, se presentaban gravemente estirados y sérios, y pedian la mano de la señora de sus pensamientos á su padre, á su hermano, á su tutor, á la persona, en fin, que ejercia dominio sobre la pretendida, que muchas veces no tenia ni aun antecedentes acerca de la pretension, y que con mucha frecuencia no conocian al pretendiente.

No se casaban ellas.

Se las casaba.

Este paso de pedir la mano de una jóven se daba dentro de las prescripciones de la más rígida etiqueta, sin prescindir de una sola fórmula.

Porque no hay, ni ha habido ni habrá, gente más grave y ceremoniosa que la española.

La contrayente no sabia que lo era hasta que ya se habia dispuesto seriamente de ella.

El amor venia despues, si habia de venir.

Por lo demás, no era cosa fácil, ni bien mirada, ni por consecuencia hecha, el acercarse á una jóven soltera en las tertulias, que eran muy raras, ó en las visitas, que eran muy cortas.

Ni una dama que se estimaba se permitia jamás bajar á una reja, ni aun asomarse á un balcon, para hablar con un amante.

Ni nadie las escribia cartas, ni ellas las recibian.

Ni habia, en fin, el más pequeño boquete por donde pudiese llegar hasta ellas la expresion del amor.

Una mirada, por levemente intencionada que fuese, fijada sobre una dama, era tenida por una groseria que determinaba un enorme desacato, redundando en menosprecio de la dama que de aquella mirada era objeto.

Por consecuencia, ningun hombre bien educado y de cierta posicion se exponia á pasar por grosero.

Por mucho que le gustase una jóven, permanecia sério y grave delante de ella.

Cuando la conveniencia ó el amor le aquejaban, lo discutia consigo mismo, consultaba despues á su confesor, provocaba luego una reunion del consejo de familia, y discutida por esta y aprobada la proposicion, se entraba en los trámites de la peticion.

Generalmente, cuando los contrayentes eran jóvenes no tenian más que una parte pasiva en todo esto.

Su casamiento venia á ser una especie de pacto de familia.

Nuestros antiguos nobles, en fin, se casaban como los reyes.

Generalmente, y antes que todo, por razon de Estado.

Esto no impedia despues las pasiones y los adulterios, y alguna que otra fuga, que consternaba á toda una familia, porque hacia caer sobre ella una mancha indeleble.

Estas eran, sin embargo, las excepciones.

Criadas en un convento, y guardadas y retraídas en la familia despues tanto ó más que en el convento, habia soltera que se moria ya cotorrona y de todo punto inocente.

Esto acontecia en la época de la juventud de la marquesa.

Despues, con el advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, nuestras viejas costumbres se modificaron de una manera grave.

Más aún: se corrompieron con la galanteria y la licencia de las costumbres francesas, importadas á España por Felipe V y su córte.

La rígida etiqueta austriaca, la tiesura más bien, productora de la circunspeccion de nuestros abuelos de aquellos tiempos, cayeron por tierra.

La corrupcion se aumentó con la licencia italiana que aportaron las princesas de aquel pais, venidas á ser reinas por los Borbones.

Si Cárlos II hubiera tenido hijos, España hubiera conservado su genuino carácter.

La casa de Borbon, sin aportarnos la civilizacion francesa, nos ha traído su corrupcion desde hace mucho tiempo.

Pero Magdalena estaba formada ya por la educacion, y blindada por ella, cuando empezó la corrupcion de las viejas costumbres españolas.

Asi es que á los cincuenta años, completamente emancipada desde hacia veinte, por la muerte de todos los suyos que pudieran haber ejercido sobre ella

dominio, se conservaba pura como en su infancia, y fresca y hermosa como en sus treinta años.

Así es que no comprendió las palabras parafrásicas de su confesor, y le miró abriendo mucho los ojos y con una expresión de candor, que indicó al capuchino se las había con una ignorancia absoluta acerca del amor.

El capuchino tuvo intenciones de atreverse por su cuenta.

Pero era hombre de mundo; comprendió que iba á dar inútilmente un gravísimo paso en vago, y se contuvo.

Pero como director espiritual, como médico del alma, por decirlo así, de su hija de confesión, tenía el deber de curarla.

Había conocido la enfermedad por los síntomas, pero necesitaba de todo punto conocer la causa de la enfermedad.

—Lo que te sucede, Magdalena,—la dijo,—es completamente nuevo para ti, ¿no es verdad?

—Sí señor, padre, sí, completamente nuevo; y puedo aseguraros que yo estoy muy mala; y mi mal está en el alma, no tengo duda de ello; yo no sé lo que esto puede ser.

—Veamos, veamos, hija mia, ¿desde cuándo te sucede eso?

—Desde hace tres días.

—¿Y desde qué momento te has sentido tú enferma del alma, hija?

—Padre,—contestó tranquilamente la pecadora—

ra,—ya sabeis que mi sobrino el conde de la Salmédina, mi pupilo, es capitán del primer regimiento de walones.

—Bueno, bien... ¿y qué?—dijo el capuchino con un acento particular, con los ojos bajos y pensativo, y repasándose la mano por la lengua barba.

—Ya sabeis que el primer regimiento de walones está de jornada con el rey en Aranjuez.

—Adelante, adelante,—dijo el capuchino.

—Ya sabeis que Luis es espléndido...

—Puede y debe para sostener el brillo de su rango.

—Por supuesto, padre, por supuesto, y yo no le pongo tasa, porque gasta de lo suyo; y cuando haya gastado lo suyo, le quedará lo mío.

—Tú has criado muy mal á ese jóven, Magdalena; le has mimado en demasía.

—¿Y qué quereis, padre? El pobrecillo es huérfano, no tiene más madre que yo, me adora, ¡y es tan gracioso, le quiero tanto!...

—Me parece que le quieres más de lo que era menester.

—Nunca queremos demasiado, padre: yo siento mucho no quererle más.

—Pues ahí está el mal, Magdalena; ó mejor dicho, el *quid*: á tí no te satisface, ó por mejor decir, no te tiene satisfecha el amor que sientés por tu sobrino.

—Para mí no hay nada en el mundo más que él.

—Pues á Roma por la dispensa,—dijo el padre

capuchino,—y á casarse cuanto antes, no sea que el enemigo, que nunca duerme, meta aquí la pata y me dé un disgusto grave.

—¿Y para qué quiero yo casarme con mi sobrino?—dijo con una candidez inapreciable Magdalena.—¿Le he de querer por eso más?

—¡Santo Dios y Señor fuerte!—exclamó el capuchino tragándose un suspiro.—¿Y qué cosas haces en tu divina omnipotencia!

Y luego añadió:

—Vengamos, vengamos al momento en que te has sentido indispueta.

—Pues nada,—contestó Magdalena;—que Luis necesitó dinero, pidió licencia, se la dieron, y se vino. Siempre que él me ve, me abraza, me abraza y me besa: aquel dia me besó como de costumbre. Nunca sus besos me han hecho daño; pero aquel beso, padre, me abrasó las entrañas, me sentí morir; yo no puedo olvidarme de aquel beso; yo pienso en Luis de otra manera; le amo más, mucho más...

—Eso es que él ha cumplido sus diez y ocho años; eso es que te ha llegado al fin tu hora; eso es que amas á Luis como Eva amó á Adán. Conque á casarse, hija mia, á casarse.

—¿Y para qué, señor, para qué?

El capuchino se tragó un nudo que se le había atarugado en la garganta, y empezó algo difícil, pero necesario.

El mayor peligro era la inocencia de la marquesa.

Cuando la vida, tal cual es, fué apareciendo á los

ojos de la marquesa bajo la palabra experimentada de su confesor, rompió á llorar.

—¡Ah! yo no sabia que habia dos amores,—exclamó.—Esto es imposible, imposible; él es un niño, y yo, yo... yo seré dentro de poco una vieja; no podrá amarme más que con el amor de hijo: me habeis hecho mucho daño, padre; pero me habeis curado.

—Hay que variar de costumbre,—dijo el confesor.

—¡Ah, no!—dijo Magdalena, comprendiendo al capuchino:—yo no dejaré de besar á Luis; le he besado toda mi vida. Dejar de besarle, seria advertirle. Despues de lo que usted me ha revelado, padre, yo no puedo advertir á Luis. Continuaré besándole, sí, pero con el beso de una madre.

El capuchino apuró sus exhortaciones.

Pero Magdalena se mantuvo firme.

Continuó besando á Luis como siempre.

Sin que Luis sintiese en aquel beso más que el amor de una madre.

La pobre marquesa luchó bravamente contra una pasion volcánica.

Pero Luis no se indicaba.

Luis no la amaba más que como hijo.

Ni su educacion, ni sus creencias, la permitian hacer la prueba de despertar el alma de Luis.

Esta lucha la gastó.

Produjo sus canas.

Ajó ligeramente su piel, y demacró levemente sus formas.

Pero triunfó.

Aniquiló aquel amor, que no era comprendido por quien le causaba.

Se purificó, y volvió á ser para el conde la madre, y no más que la madre.

Cuando se ha vencido en este género de lucha, se ha vencido de una manera definitiva.

—¡Oh! cuánto me has hecho sufrir, Luis,—le decía algunas veces,—en los últimos tiempos.

El conde no la comprendía.

Peró Magdalena decía la verdad, y la decía tranquila.

Tal era la señora á quien iba á confiar la mujer de su amor, el alma de su alma, el conde de la Salmedina.

Capítulo XXI.

De la lúmejorable acogida que hizo la marquesa de Vallezarzal á Margarita.

La marquesa habia recibido á tiempo la carta de su sobrino.

Sin dejar de pensar en la instalacion de su misteriosa huéspedea, Magdalena leyó y releyó mil veces la carta de su sobrino.

—¿Qué será esto?—exclamaba.—¿Se habrá pervertido Luis? No lo creo. ¡Ah! no, no: él no se atreveria á ponerme en ridiculo; yo no lo consentiria tampoco. No, no: Luis dice aquí la verdad; Luis me trae una jóven digna. ¿Cómo suponer otra cosa? ¡Oh! yo no podria sobrevivir á la desgracia de que Luis me menospreciase.

La marquesa estaba fuertemente sobrecitada, ansiosa.

Se trataba de un paso determinante de su sobrino, al que deliraba.

Cuando oyó que á la puerta se detenía un carruaje, abrió de una manera nerviosa un balcon, y vió descender del carruaje á don Luis, á Margarita y á Cosme Calcorra.

—¡Ah! La acompaña alguien,—dijo Magdalena;—esto es diferente: un pariente sin duda; bien podia advertírmelo Luis, y no hubiera estado tan inquieta.

La marquesa se lanzó hácia las escaleras, y cuando llegó á ellas llegaban don Luis y Margarita.

Pero solos.

Ya sabemos que Cosme Calcorra habia sido confiado á un criado.

La marquesa saludó ceremoniosamente; pero sin tiesura y de una manera afable, á Margarita.

Luego sonrió al conde, y al ir á dar la mano á la jóven, se detuvo y la miró con asombro.

Margarita se habia levantado el velo.

La marquesa se habia enamorado de ella.

La habia aspirado, la habia comprendido.

El alma de Margarita aparecia en su semblante, en su mirada.

La marquesa era vehementísima, excesivamente impresionable.

Sonrió con toda su alma á Margarita, la asió la mano, y la dijo:

—Venid, venid, hija mia; estais en vuestra casa: yo soy vuestra madre.

—¡Ah! ¡Qué buena sois, señora!—exclamó con-

movida Margarita, enamorada á su vez de la marquesa.

—¿Pero habeis venido solos?—dijo sobre la marcha la marquesa.—¿Dónde está quien os acompañaba? Yo he visto bajar con vosotros una persona del carruaje.

—¡Ah!—exclamó el conde.—Ese es un pobre diablo á quien aporreaban, mi querida tia, simplemente porque llevaba tricornio y redingote; le he protegido, me le he traído, y le he entregado á los criados para que le aposenten y le hagan curar.

—¡Ah! sí; has hecho bien,—dijo la marquesa;—yo habia creído...

A este tiempo, despues de haber atravesado algunas espaciosas piezas, entraban en el gabinete particular de la marquesa.

—Tia...—dijo entonces el conde.

—Ni una palabra más,—dijo la marquesa sonriendo;—prefiero que me lo cuente todo esta señorita: tú estás aqui demás, y sin duda tienes mucho que hacer; vuélvete, vuélvete á tu guarnicion del Pardo, y no vuelvas hasta que yo te llame.

—¡Oh! gracias, mi querida tia,—dijo el conde;—vos me sacais de un grande embarazo. Teneis razon; yo no debo estar aquí, yo no debo entrar aquí sino por mi esposa. Ella, ella os dirá; vos comprendereis: si habeis pensado mal de vuestro sobrino, volvereis á reponerle en vuestra estimacion. Adios, madre mia; yo me voy tranquilo.

Y besó como de costumbre á la marquesa en la boca.

—Adios, Margarita, estad tranquila; nadie se atreverá á vos mientras esteis al lado de mi buena tia.

—Adios,—dijo Margarita.

El conde salió contento por una parte, y por otra con el corazón oprimido.

La marquesa se apoderó de Margarita.

Esta se arrojó en sus brazos.

—¡Oh! gracias, señora, gracias,—exclamó;—me he salvado: yo estaba sola en el mundo, y ya tengo una familia.

—Pues bien, hija mia,—dijo la marquesa;—puesto que me habeis comprendido, nada tengo que deciros; yo me siento feliz por haberos adquirido. Tenia un hijo, del que estoy completamente satisfecha, más aún, orgullosa, y Dios me ha enviado una hija que me encanta.

—Sin embargo, señora,—dijo con una valiente y serena franqueza Margarita,—Luis puede haberse engañado; vos no me conoceis; es necesario...

—¡Ah, no, hija mia, no!—dijo la marquesa.—Lo que vos sois, está en vuestros ojos, en vuestro ser; los semejantes se conocen y se unen; vos sois completamente de mi raza.

—¡Ah! No, no señora; yo no puedo decir quién soy; yo no tengo padres, á lo ménos no los he conocido; no tengo nombre: mi historia es muy sencilla, pero llena de misterio; su mayor interés empieza des-

de antes de anoche, en que por una feliz casualidad, ó tal vez por una inmensa desgracia, conocí á Luis. Yo os suplico que me escuchéis, señora; yo deseo conocer perfectamente lo que yo soy.

—Hablad pues, hija mia, puesto que lo quereis.

Margarita contó á Magdalena su historia, su sencillísima historia, tal como la habia relatado al conde, y luego los sucesos que habian sobrevenido despues de su encuentro con él.

Pero omitiendo los amores, ó más bien las relaciones del conde con la princesa de Asturias, y la muerte del marqués de Arosa y todo lo que se referia á la sociedad secreta.

—Pues bien,—dijo Magdalena admirable;—sois nuestra, completamente nuestra: yo os acepto con toda mi voluntad, con todo mi amor, como con toda su voluntad y todo su amor os ha aceptado Luis; y os lo prometo, ó hemos de poder poco él y yo, ó hemos de desvanecer el misterio que os envuelve. Afortunadamente, Luis no ha matado á ese hombre, que era vuestro mal destino, y ese hombre hablará, yo os lo prometo; ó hablará, ó no puede nada nuestra influencia y el poder del rey. Ya contaremos nosotros á ese señor marqués de Letour si se puede impunemente sacrificar á una pobre víctima.

La marquesa habia dicho estas palabras con una gran vehemencia.

—¡Ah! No, no señora,—exclamó palideciendo Margarita;—no toqueis á ese hombre, vos no sabeis quién es ese hombre.



—¡Ah! Tranquilizaos,—dijo Magdalena;—no es lo mismo habérselas con una pobre criatura abandonada, que con la marquesa de Vallezarzal, que con el conde de la Salmedina; nada de misterios, yo aborrezco los misterios: vos ireis á todas partes conmigo; conmigo os presentareis en la córte; mentiremos un poco para cubrir las apariencias; nosotros tenemos allá en la montaña de Santander un pariente, un buen señor, el marqués de Robleviejo, que tiene dos hijas; y ved qué casualidad, la mayor se llama Margarita como vos; vos pasareis por ella, y cuando nos puedan coger en el embuste, todo nos lo perdonarán en gracia de la causa; vos misma sereis nuestra mejor disculpa. Ni el marqués de Robleviejo ni sus hijas han venido nunca á la córte.

—Haced lo que querais, señora,—dijo Margarita;—no podreis decir que yo soy ménos valiente que vos.

Margarita quedó definitivamente instalada como sobrina de la marquesa de Vallezarzal en su casa.



Capítulo XXII.

Lo buen pájaro que era el señor Cosme Calcorra.

Cosme Calcorra había sido aposentado en uno de los cuartos de la servidumbre.

El conde se hizo llevar allá.

Había visto algo en el empleado de gremios que le obligaba á no desatenderle.

De todos modos, Calcorra era un original.

El conde anteriormente había sorprendido alguna mirada suya lanzada á Margarita.

Tenia además Calcorra algo de la fisonomía del zorro en su semblante de raton.

Cuando llegó el conde, se ocupaban en curar á Cosme Calcorra.

Le habían lavado, y habían sacado con la lavadura completamente en limpio su fisonomía.

El conde se convenció más y más de que en aquel hombre habia algo con lo que se debia tener cuidado.

Si Calcorra no hubiera reparado en Margarita de cierta manera, el conde no se hubiera ocupado de él despues de haberle encomendado á los criados de su tia para que le curasen.

—¡Oh cuánta bondad, excelentísimo señor!—dijo Calcorra en cuanto le vió.

—¿Y qué es ello?—preguntó el conde.

—Muy poca cosa, señor,—contestó el cirujano;—ese buen hombre puede volverse por su pié á su casa.

—Pero iria irrecusablemente mejor en carruaje,—observó el conde.

—¡Oh! Indudablemente, señor,—dijo el cirujano.

—Pues bien; yo os llevaré.

—¡Oh! Una bondad más sobre tantas bondades,—exclamó servilmente Cosme Calcorra.

—Pues por mí,—dijo el cirujano,—ya he concluido.

—Y yo estoy dispuesto,—dijo Calcorra.

—¿Estais verdaderamente fuerte?—preguntó el conde.

—¡Oh! sí, excelentísimo señor,—contestó Calcorra.

—Entonces, vamos pues.

Bajaron.

Entraron en el carruaje.

—¿Adónde?—preguntó el conde.

—A la calle de San Cristóbal, número 15.

El conde dió estas señas al criado.

Partió el carruaje.

—Cubrios, cubrios, — dijo el conde á Calcorra, que tenia respetuosamente en la mano su malhadado tricornio, causa de su desventura por una parte, y por otra de su encuentro con el conde.

—¡Cómo delante de vucencia!

—Estais enfermo; yo os permito.

Calcorra se puso el sombrero, y permaneció encogido y en silencio.

Con su frente vendada, tenia el aspecto más humilde del mundo.

Se hacia el infeliz; pero el conde se convencia más y más de que trataba con un zorro con algo de lobo.

—¡Y vuestra mujer es jóven y bella, segun decís?—exclamó el conde, con esa facilidad con que hablaban los nobles de aquel tiempo á la gente comun.

Esto no estaba en el carácter de don Luis.

Pero necesitaba probar á Calcorra.

Cuanto más servil y más humilde se mostrase éste, tanto más habia que vigilarle.

El conde se arrepentia más y más de haber metido en el coche á Calcorra para protegerle.

Temia por Margarita.

¡Por qué temia el conde esto?

Porque su instinto le decia que entre aquel hombre y el marqués de Letour habia una relacion directa.

El conde recordaba las miradas oblicuas y rápidas que Calcorra habia lanzado al velo de Margarita.

¿La conocia?

¿Era Calcorra miembro de aquella misteriosa sociedad á que se habia afiliado el conde?

El cuidado que éste tenia por Margarita, la necesidad de mantenerla envuelta en el misterio, le hacian recelar de todo.

Su recelo engañaba al conde.

Calcorra era otra cosa muy diferente de lo que él creia.

Si Calcorra pertenecia á alguna sociedad secreta, no era ciertamente á aquella en que estaba afiliado don Luis.

—¡Que si mi esposa, mi adorada esposa, es jóven y bella!—dijo Calcorra:—ya la verá vüecencia, y cuando la vea, porque supongo que vüecencia tendrá la dignacion de honrar mi pobre choza, vüecencia encontrará disculpable el que yo á los sesenta años haya pensado en casarme con una mujer tan muchacha.

—¿Tan niña es vuestra esposa, amigo?

—Diez y siete años ha cumplido, excelentísimo señor, y á pesar de mi edad me adora: tenia quince cuando yo la conocí, y conocerla y casarme con ella fué cosa de ocho dias; era necesario para que su reputacion no padeciese por recibir socorros míos, y no se la podia dejar sin socorro; su madre estaba gravemente enferma, y por cuidar á su madre, Anita no podia trabajar: yo me puse caritativamente á su

disposicion; pero doña Cármen, que era una santa, me dijo:

»—Yo no puedo recibir auxilios por más que los admita de un hombre que antes de conocerme á mí, ha conocido á mi hija; yo puedo muy bien morir de miseria: que se cumpla la voluntad de Dios, pero moriré con la honra y la conciencia limpias.»

Esto era ejemplar; además, la niña tenia y tiene los ojos más hermosos del mundo; y ellos, á pesar de mi edad, me miraban amorosos, como me miran ahora, y me casé: ocho dias despues de casados tuvimos que ponernos luto por la muerte de la madre.

El conde encontró un no sé qué de lúgubre, de siniestro, en las últimas palabras de Calcorra.

Algo que sonaba á crimen.

O era que el conde estaba muy mal prevenido contra Calcorra.

El conde se detuvo en aquel momento.

Estaban en la calle de San Cristóbal, delante del número 15.

Era este una casita de un sólo piso.

Sus paredes estaban recientemente blanqueadas.

La puerta, las dos rejas que habia en los costados, los tres balcones que se veian en el piso superior, y el alero y los tragaluces de la buhardilla, estaban tambien recientemente pintados de verde.

Una tapia, que se continuaba en alguna extension hasta tocar por el uno y por el otro lado en las casas vecinas, dejaba conocer un jardín por los grandes árboles deshojados que aparecian tras ella.

La casa estaba aislada por un jardín, con fachada á la calle, y esto era demasiado lujo para un simple empleado de Gremios.

El conde no dejó de reparar en estas circunstancias.

Sus recelos se aumentaron.

La puerta se abrió inmediatamente que el carruaje se detuvo delante de ella.

Apareció una jóven.

La habia atraído, sin duda, el ruido del carruaje.

Era muy fresca y muy niña.

Tenia los ojos y los cabellos muy negros, y la tez dulce, aunque fuertemente morena.

Se la hubiera tomado por una veneciana.

Al ver salir del carruaje al conde, dió un paso atrás y se puso pálida.

—¡Ah!—exclamó.

Y en aquella exclamacion habia una sorpresa especial; una sorpresa representante de un asombro satisfecho á la vista del conde.

Verdad es que el conde era uno de esos buenos mozos, de buena talla y buena cara, por los que se precen en su gran parte las mujeres.

Cuando Anita, que ella era, se puso pálida, no habia visto aún á su marido.

Este detalle no se escapó al conde.

Cuando se volvió y dió la mano á Calcorra para que bajase, Anita exclamó:

—¡Qué es eso, Cosme! ¿Cómo vienes así? ¿Quién te ha herido?

El conde reconoció una marcada afectación en estas palabras bondadosas de la jóven.

—Nada, no es nada por fortuna, hija mia; gracias á este señor, sin cuyo auxilio probablemente á estas horas estarias viuda; pero no hagamos esperar en la puerta al señor conde.

—¡Ah! ¡conde!—exclamó para sí Anita.—¡Y militar, capitán general!

Anita habia visto los tres entorchados y los tres galones en las bocamangas de la casaca del conde.

—Volveos,—dijo éste á los criados del coche,—y decid al señor Benito que yo estaré allí dentro de una hora.

Como se ve, siempre receloso el conde, habia indeterminado el lugar adonde volvía el carruaje y el nombre de la persona á quien debía darse su recado.

Entraron y se cerró la puerta.

Pero no la cerró la jóven esposa de Calcorra, sino una negrita de doce á catorce años.

Se oyó el ruido del carruaje, que se alejaba.

—¡Ah! ¡Teneis esclava!—dijo el conde, mientras subian la escalera, que aunque no muy ancha, era suave.

—Esclava, no,—dijo Anita, contestando al conde con el mismo acento de familiaridad que si le hubiese conocido desde hacia mucho tiempo:—ni la hemos comprado ni la hemos heredado: la trajo consigo una señora que pasó algún tiempo en nuestra casa, y que se fué dejándonosla: esa señora no ha vuelto

á parecer, ni tenemos noticias de ella, y entre tanto la guardamos la esclava por si un dia parece.

Esta explicacion pareció tambien muy extraña al conde.

Su recelo creció.

Pensó en otro crimen.

Habia llegado por una galería que daba sobre el jardin y por una antesala á una salita de pequeña extension, amueblada con el lujo particular de la gente rica de la clase media de aquellos tiempos.

Estera de esparto, felpudos, sillas y mesa de ce-rezo, rinconeras del mismo género, sofá grande de damasco amarillo, cortinajes del mismo género en los balcones, copa ó brasero de azófar, con una tarima de nogal, cuadros grabados al agua fuerte, con marcos tambien de nogal en las paredes blanqueadas; una gran bandeja chinesca, puesta de canto sobre la mesa contra la pared; delante de la bandeja una urna de cristal con armadura de plata; dentro de la urna un niño Jesús con collar de perlas, vestido de raso color de rosa bordado con lentejuelas; un mundo de plata con una cruz en la una mano y en la otra una corona de espinas de oro, desproporcionada, con pequeños rubies, como si se hubiera querido representar sangre: dos candeleros de plata con velas de cera, pintadas, labradas y rizadas; en las rinconeras otras pequeñas imágenes de santos y vírgenes, y pendiente del techo de bobedillas blanqueadas con las viguetas pintadas de verde, una araña de cristal con bujias de esperma color de rosa.

Esta era toda la decencia, todo el lujo que se permitian nuestros abuelos ricos de la edad media.

Tambien esto aumentó los recelos del conde.

Era mucho para un empleado subalterno del gremio de la seda.

Este lujo, aquella madre muerta á los ocho dias del casamiento de su hija, aquella señora que habia ido á parar á aquella casa, y que habia desaparecido, dejándose aquella pequeña esclava: todo esto aparecia incierto para el conde.

La señora de la casa se apresuró á servirle una silla y á remover el brasero.

—Siéntese vucencia si es servido,—dijo.

Y miraba con una extraña insistencia al conde.

—No, hija mia, no,—dijo éste:—graves ocupaciones me impiden el placer de permanecer algun tiempo á vuestro lado: sólo he venido á traer os vuestro marido y á conocer os; cumplido lo uno y lo otro, me retiro.

—Pero me atrevo á esperar,—dijo Calcorra,—que mi mujer y yo tendremos el honor de que vucencia frecuente nuestra casa.

—No dejaré de hacerlo, señor Calcorra,—dijo el conde,—puesto que vos me lo permitís.

—¡Que lo permito á vucencia, excelentísimo señor! Mi casa y todo lo que yo puedo, tengo y valgo, están á la disposicion de vucencia: estamos agradecidísimo á vucencia mi mujer y yo.

—No salgais á despedirme, señor Calcorra,—dijo el conde;—aunque levemente, estais herido.